

SINIESTRO

LOU CARRIGAN

Un equipo de siniestros médicos está llevando a cabo experimentos con donantes anónimos, que consiguen mediante el secuestro. Todos los donantes son jóvenes y hermosos, pero los investigadores los consideran seres inferiores. El más siniestro de esos investigadores es Boris Michenko…



Lou Carrigan

Siniestro

Bolsilibros: Selección Terror - 467

ePub r1.1
Titivillus 29.05.15

Título original: *Siniestro*
Lou Carrigan, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



SELECCION TERROR

La mansión del doctor De Loire

La mansión del doctor De Loire, amplia, con una columnata en el frente, estaba situada en la orilla derecha del Ottawa River, un poco al norte de la localidad de Pembroke, en la provincia canadiense de Ontario.

Constaba de planta y dos pisos, y desde cualquiera de las ventanas que daban a la fachada podía verse el río, y, en este, Allumette Island, que en verano parecía una mancha verde, y en invierno apenas una sombra entre las brumas del río. En otros tiempos, la mansión había sido blanca, y hasta hermosa. Ahora, con su deslucido color agrisado y sus visibles desperfectos, resultaba un tanto… desagradable.

Tal vez por eso, el doctor De Loire había dejado de recibir las visitas de sus amigos hacía ya tiempo. Sin embargo, como suele decirse, unos amigos van y otros vienen, así que nunca faltaban invitados en la mansión del doctor De Loire. Aunque, tal vez, la palabra «invitados» no sea la más adecuada para definir a los ocupantes de la mansión…

Uno de estos ocupantes era el doctor Carson Vrain, norteamericano, el cual se hacía cargo de todos los asuntos de la mansión en ausencia del doctor De Loire, del que era considerado su colaborador más importante. Carson Vrain medía metro ochenta y dos, era rubio, atlético y muy atractivo, de aspecto muy inteligente. A sus treinta y dos años él mismo estaba convencido de que disponía de un futuro brillantísimo.

Lo cual no impedía que, de cuando en cuando, como todo ser humano, el doctor Carson Vrain tuviera momentos de malhumor. Y aquel era uno de esos momentos de malhumor, originado por la conversación telefónica que acababa de sostener.

—Maldita sea —dijo, colgando el auricular.

Estuvo unos segundos pensativo. Luego, se puso en pie, y salió

del despacho del doctor De Loire, precisamente ausente en aquellos días.

Segundos más tarde, Vrain entraba en una sala donde varios hombres fumaban y charlaban, tomando de cuando en cuando un trago de *whisky*. Dos de ellos jugaban al ajedrez. Todos miraron a Carson Vrain, el cual señaló a dos con la barbilla.

—Lester, Dupré, tenéis que ir con la lancha a Fort Coulonge, a recoger a ese profesor ruso.

—¿Ya ha llegado?

—Sí. Polignac acaba de llamarme desde Ottawa para decirme que salía inmediatamente de allá con el ruso.

—Entonces tenemos tiempo…

—No tanto. Vienen por la 8, que es más directa, así que en un par de horas habrán recorrido las cien millas.

—¿Y por qué no viene directamente aquí?

—Porque le quedan cosas por hacer en Ottawa, y tiene prisa por traernos al ruso y volver allá, y ese camino es el más corto para él. Bueno, preparaos para ir al otro lado del río. Y en cuanto lleguéis aquí de vuelta con el profesor Michenko, avisadme.

—¿No debía recibirlo el propio doctor De Loire?

—Sí. Pero si él no está, pues no está, ¿verdad?

—¿Dónde está ahora?

—No tengo ni idea. Me llamó esta, mañana, pero ni siquiera me dijo dónde estaba. Lo que sí me dijo es que en su ausencia atendiera debidamente al profesor Michenko, y eso vamos a hacer. Ese ruso es muy importante para nuestro trabajo, de modo que desde el primer momento debemos hacerle agradable su estancia aquí. Cuando De Loire regrese no quisiera que ese Michenko tuviera alguna queja que formular… ¿Lo habéis entendido todos?

—Claro. Y no se preocupe: saldremos con la lancha a tiempo de esperar a Polignac en el embarcadero de Fort Coulonge.

—De acuerdo. Hasta luego.

El doctor Vrain salió de la sala, cerrando tras él. Se dirigió hacia la amplia escalinata, y emprendió la ascensión, pensativo. Bueno, la verdad era que Fernandel De Loire estaba haciendo gestiones que debían serles de gran utilidad, pero lo cierto era que le fastidiaba que no estuviera allí para recibir al tal Michenko… Sí, profesor Boris Michenko, que se había fugado de Rusia exclusivamente para

trabajar con De Loire…

Carson Vrain llegó al primer piso, recorrió el amplio pasillo, y entró en una de las habitaciones. Había seis lechos en la habitación, colocados en dos filas, una frente a la otra. Los seis lechos estaban ocupados, cinco de ellos por mujeres y el sexto por un hombre. Esto tenía un poco molesto a Vrain: no le gustaba trabajar con hombres, prefería las mujeres, que resultaban mucho más manejables. No en el aspecto científico, sino en el físico. Los hombres, por lo general, eran más violentos, más díscolos.

Tanto el hombre como las cinco mujeres estaban completamente desnudos bajo el blanco camisón idéntico que los cubría, como uniformes que los igualaba. Sin embargo, no sucedía siempre así. Siempre, en cada remesa de donantes, alguien destacaba. En esta ocasión destacaban el hombre, simplemente por serlo entre cinco mujeres y una de las mujeres, la rubia.

Vrain se detuvo junto al lecho ocupado por la rubia, y se quedó mirando. Era joven, como se exigía en todos los donantes, pero su belleza superaba considerablemente la de las otras cuatro chicas. Rubia, esbelta, de facciones delicadas y bellas, largas pestañas, boca sonrosada y llena… Sus senos, pese a la posición de la muchacha tendida boca arriba, destacaban en la blancura del camisón, rematados por los pezones, también claramente definidos, de un tamaño… tentador. Tan tentador, que Carson Vrain pensó una vez más:

«Si él no la quiere, yo jugaré con ella».

Las dos enfermeras encargadas de vigilar el proceso en los donantes se habían acercado al doctor Vrain, por si este tenía algo que consultarles. Pero el doctor Vrain se bastaba para valorar el estado de cada donante por sí mismo. Alzó un párpado de la muchacha, y por un instante vio la hermosa tonalidad azul del ojo. Luego, lentamente, la pupila se dilató hasta casi ocupar todo el ojo, y el doctor Vrain se vio en ella.

—La reacción es normal —susurró—… ¿Cuánta sangre le queda?

—La imprescindible —dijo una de las enfermeras—, como a todos. Pero es muy sana y fuerte, se regenerará rápidamente.

Vrain asintió, dejó caer el párpado, que se cerró lánguidamente, y tomó una mano de la muchacha. Estaba fría, casi helada. Alzó el

brazo, y lo dejó caer. Pareció totalmente que se tratase del brazo de un cadáver, con tal pesadez cayó. Vrain movió la cabeza. Salvo aquel levísimo tono sonrosado en los labios, no había más color en el rostro de la muchacha, su blancura era asombrosa. Es decir, lo asombroso era que estuviera viva tras haberle efectuado la brutal extracción de sangre.

—¿No ha hablado, no ha dicho nada que pueda ayudarnos a saber al menos cómo se llama o de dónde venía?

—No, en absoluto —dijo la otra enfermera—. Tal como llegaron fueron sometidas a la extracción, y desde entonces ninguna ha dicho nada. Es lo normal.

—Sí, claro… Bueno, no es que tenga mucha importancia, pero me gustaría saber quién es, cómo se llama… Es extraño que no llevase ningún documento personal encima, como los demás.

—Debió perderlo, o quizá lo dejó en el hotel.

Vrain asintió. Decidió no examinar a las otras cuatro mujeres, y se acercó al hombre, un sujeto casi tan alto como él, atlético, fuerte, de unos cuarenta años. También le alzó un párpado, y vigiló la reacción de la pupila. Normal…, dadas las circunstancias. En condiciones normales, las pupilas de aquel hombre se habrían comprimido al recibir la luz. Pero en sus condiciones actuales se abrían, buscaban desesperadamente más luz, como en un ansia angustiosa de salir de las tinieblas en que se hallaba sumido.

—El hombre es muy fuerte —dijo—. Y tenemos suficientes donantes para poder prescindir de él en ese sentido. Vamos a prepararlo como cobaya experimental.

—¿Ha regresado ya el doctor De Loire? —preguntó una de las enfermeras.

Carson Vrain la miró hoscamente.

—No, no ha regresado, Celia. Pero yo puedo perfectamente encargarme del proceso, si no le importa.

—Bueno, no he querido decir…

—Olvidemos lo que ha querido decir y pongámonos manos a la obra. Dentro de tres horas llegará el profesor Michenko, y para entonces me gustaría haber terminado. Aunque… No. Bien pensado, será mejor esperar a que llegue Michenko para proceder a la carga de MaB, y que él lo vea. Según parece, es un genio en estas cuestiones, y tal vez tenga algo que decir sobre nuestros cobayas y

nuestros seres recuperables.

—Ojalá tenga algo que decir —murmuró una enfermera—, porque para mí, doctor, que todos están muertos…, y que yo sepa, jamás ha sido recuperado ningún muerto.

—Esperemos —sonrió siniestramente Vrain—… Espere vamos a ver qué dice el gran genio profesor Boris Michenko…

Capítulo Primero

Desde el embarcadero, en el cual esperaban fumando sendos cigarrillos, Dupré y Lester vieron llegar el coche de Polignac, que ya conocían. Polignac era el enlace del doctor De Loire en Ottawa, y no era la primera vez que hacían contacto con él.

Vieron detenerse el coche a unos diez metros del embarcadero, y Dupré se volvió y tiró el cigarrillo al agua, diciendo:

—Ahí llega Polignac.

Este se apeó del coche, y abrió la portezuela izquierda de atrás. Lester y Dupré vieron salir al hombre que había viajado en el asiento posterior, y, de momento, no les llamó la atención en absoluto, pues debido a la oscuridad no podían verlo bien. Todo lo que veían era un hombre que parecía de mediana estatura, un poco encorvado, que llevaba un enorme abrigo.

—Y ahí está el profesor ruso —dijo Lester.

Los dos recién llegados se encaminaron hacia el borde del embarcadero, sin prisas. Flotaba una leve neblina fría sobre el río, que parecía convertirse en manchas de humo gris y negro. El hombre que acompañaba a Polignac portaba una maleta de medianas dimensiones, cojeaba un poco, y lo que más destacaba en él era su abundante melena, que flotaba al caminar, como si fuesen alas de cuervo.

—¿De dónde habrá sacado ese abrigo? —mascullo Dupré—. ¡Es del tiempo de los mohicanos!

—Calla, que te va a oír.

—Quizá no hable inglés ni francés.

—No digas tonterías. Como mínimo, tiene que hablar inglés, ya verás.

Polignac y su acompañante llegaron ante Dupré y Lester. Y entonces, por fin,, estos pudieron ver lo suficientemente bien a Boris Michenko para llevarse el primer sobresalto. No es que Boris

Michenko fuese un monstruo, ni mucho menos, pero resultaba, cuando menos, impresionante.

Su revuelta cabellera gris, y la barba rala y descuidada, conseguían ocultar a medias una fea y retorcida cicatriz en el lado derecho del rostro arrugado y seco, en el que destacaba la boca grande y de labios delgados, apretados. La nariz un tanto ganchuda, como cayendo sobre la boca, era el primer detalle desagradable que se olvidaba de aquel rostro, en el que destacaban, sobre todo, los ojos. El izquierdo era prácticamente normal, oscuro, de movimientos vivos, penetrantes. El derecho era de cristal, se veía más grande, y la blancura de la córnea de artificio despedía destellos de la luz de los alrededores como si rebotase en hielo.

«La madre que lo parió —pensó Dupré, conteniendo un estremecimiento—… ¡Vaya un guapo mozo!».

—¿Qué hay? —Gruñía en aquel momento Polignac, que parecía de pésimo humor—. Este es el profesor Michenko, con el que hice contacto, recogiéndolo, según lo acordado. Profesor, ellos son Lester y Dupré, empleados del doctor De Loire, como yo.

—¿Cómo está usted, profesor? —murmuró Lester.

Este encogió los hombros, masculló algo, y se dirigió hacia el borde del embarcadero, cargado con su maleta. Polignac, simplemente, dio media vuelta y emprendió el regreso hacia su coche… Dupré y Lester cambiaron una mirada de perplejidad.

—Bueno, hombre, pues adiós —gruñó Dupré—. ¡Eh, Polignac, adiós! ¡Hoy sí que tienes prisa!

Polignac se volvió. En el borde del embarcadero, Boris Michenko también se había vuelto hacia Dupré y Lester. Polignac soltó un gruñido.

—Mucha prisa —aseguró—. Ya nos veremos.

—¿Te está esperando una chica en Ottawa? —rio Lester.

—A la mierda con vosotros.

Y Polignac continuó caminando hacia su coche, en el que se metió. Segundos después, se alejaba del embarcadero, mientras Dupré y Lester ayudaban a Boris Michenko, que no parecía precisamente un atleta, a saltar a la lancha. Y ya los tres a bordo, Lester dijo:

—Tardaremos media hora en llegar, profesor. Será mejor que entre usted en la cabina. Hace frío y mucha humedad aquí… ¿Me

entiende usted? ¿Habla inglés?

—Le entiendo —asintió Michenko, con voz áspera.

—Estupendo. Acompáñalo, Dupré. Yo pilotaré la lancha.

Dupré y el profesor ruso desaparecieron en el reducido interior de la lancha. Apenas medio minuto más tarde Dupré salió, y se colocó junto a Lester, que le miró sorprendido.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—No pasa nada.

—¿Qué haces aquí, entonces? Siempre estás protestando por la humedad y el frío, y ahora que puedes estar dentro…

—Prefiero estar aquí.

—¿Por qué?

—¡Porque me da la gana!

—¿Qué demonios te pasa? —Se irritó Lester.

—¡No me pasa nada, te digo! Es sencillamente siniestro, eso es todo. Prefiero estar aquí.

Lester comprendió, y asintió.

—Sí —murmuró—. Es un tipo realmente siniestro. ¡Demonios, vaya colaboradores se busca el doctor De Loire!

—No lo ha buscado para participar en un concurso de belleza, sino por sus conocimientos científicos. Y en ese aspecto, al parecer, Michenko es… un genio, o poco menos.

—Pues la verdad, yo prefiero ser como soy —sentenció Dupré, estremeciéndose de nuevo.

El alto, apuesto, atractivo Carson Vrain estaba esperando en el pequeño embarcadero casi delante mismo de la mansión cuando llegó la lancha con los tres ocupantes. Lloviznaba en aquel momento, lo que resultaba menos tétrico que la niebla por la que habían estado navegando rodeando Allumette Island. Desde detrás de ellos, como rebotando en los finos hilos de lluvia, llegaba un leve resplandor procedente de la localidad de Pembroke.

Fue así como vio Carson Vrain a Boris Michenko por primera vez, mientras le tendía la mano para ayudarle a pasar al embarcadero. Una mano pequeña, pero fuerte y seca entró en contacto con la de Vrain, que se sintió aliviado; había temido que la mano de Boris Michenko fuese húmeda, blanda, huidiza. Pero no. Menos mal, porque ya era suficientemente inquietante y desagradable su aspecto…

—Profesor Michenko, sea bien venido —dijo Vrain, tras deslizar la lengua por los labios—. Soy Carson Vrain, ayudante del doctor De Loire.

—Muy bien.

—Espero que haya tenido usted buen viaje…, dadas las circunstancias. ¿Tuvo dificultades?

—No más de las previstas —dijo Michenko—, que han sido suficientes. Espero, doctor Vrain, que haya valido la pena abandonar Rusia de este modo, que sea cierto que tenemos a nuestro alcance un logro científico de importancia auténtica.

—Pronto podré convencerle de ello… Dupré, lleva la maleta del profesor a la habitación que le hemos destinado. Por aquí, profesor: la cena nos está esperando.

—No tengo apetito —farfulló Michenko—. Estoy cansado, eso sí.

Los pies de los cuatro hombres chapoteaban con leves chasquidos en el sendero que unía la casa con el embarcadero. Carson Vrain asintió, con gesto amable.

—Le comprendo a usted —dijo—. Tenía preparado un tratamiento para esta misma noche, pero será mejor que lo dejemos para mañana…

—¿Qué tratamiento? —Se reanimó Michenko.

—Comprendo su impaciencia en ese sentido —rio Vrain—, pero no viene de unas cuantas horas, ¿verdad?

—Supongo que no —aceptó Michenko—. Aunque me fastidia no saber nada de nada al respecto, doctor Vrain. En realidad, durante el viaje me he preguntado muchas veces si estoy loco, para haber aceptado una cosa así.

—Se convencerá pronto de que ha hecho bien. Pero esta noche, descanse. Aunque tal vez le gustaría tomar un poco de *vodka*.

El inquietante, siniestro rostro de Boris Michenko se volvió hacia Vrain, y hubo un destello de ironía en su pequeño, oscuro y penetrante ojo natural.

—¿Por qué no? —replicó el ruso—. El *vodka* es tan bueno como el *whisky*.

—Bueno, si prefiere usted *whisky*…

—La verdad es que sí, en estos momentos. Este es un lugar bastante desagradable… ¿Siempre es así?

—En invierno, sí. En verano resulta muy agradable.

—Pues es de lamentar que estemos en invierno —masculló Boris Michenko.

Llegaron en seguida a la casa, y Carson Vrain llevó a Boris Michenko a un saloncito confortable, donde le sirvió *whisky*, sin agua ni hielo, a petición del ruso. Mientras este bebía, sentado en uno de los sillones, Carson Vrain lo estuvo observando en silencio unos segundos, sintiéndose muy irritado por los caprichos de la Naturaleza. Allá estaba él, alto, joven y guapo, pero con un talento más bien mediocre, no había que engañarse, mientras que un sujeto tan poco agraciado como Boris Michenko, al parecer, tenía un talento científico fuera de lo común.

—Espero —dijo de pronto Vrain— que disculpe usted la ausencia del doctor De Loire. Ya debió decirle Polignac después de llamarme por teléfono que el doctor De Loire está de viaje.

—¿Adónde ha ido? No es muy correcto por su parte.

—Sí, es cierto, pero se trata de una cuestión de… financiación. En realidad, no sé dónde está exactamente el doctor De Loire, pues no me lo dijo cuando me llamó esta mañana para encargarme que le atendiera a usted como se merece.

—Gracias. ¿Qué es eso de la financiación?

—Bueno, el doctor de Loire está por ahí buscando fondos que nos permitan continuar con nuestro trabajo. No hay problemas —se apresuró a añadir Vrain al ver el gesto hosco de Michenko—: Hay muchas personas dispuestas a colaborar con el doctor De Loire, sobre todo cuando este les hace la oferta de grandes e insólitos beneficios.

—Grandes e insólitos beneficios —murmuró Michenko, fija la mirada de sus ojos en Vrain—. ¿Qué beneficios son esos?

—Bueno, por ejemplo, una… salud y una longevidad que alcanzarán mucho más allá de lo normal.

Una expresión sarcástica apareció en el rostro de Boris Michenko. Sarcástica y casi furiosa.

—¿Debo entender que he venido a Canadá para oír hablar del Manantial de la Eterna Juventud?

—¡Oh, vamos…! —Rio Vrain—. ¡Estamos hablando en términos científicos, profesor! O sea, en serio.

—Me place oír eso. ¿Con qué clase de material trabajan?

—El más completo y el más barato —rio de nuevo Vrain—: el

ser humano. Y a propósito, profesor: ¿le gustan a usted las mujeres?

—Me parece que lo que en realidad pregunta usted es si yo les gusto a ellas, si tengo… acceso al sexo o al amor. Aunque mi aspecto no sea tan agradable como el de usted, soy normal, doctor Vrain.

—Perdóneme, no he querido decir nada que pudiera molestarle, se lo aseguro. Ocurre que… Bien, se trata precisamente de todo lo contrario. Ateniéndome a las indicaciones del doctor De Loire debo proporcionarle todo cuanto usted desee, y le he preguntado si le gustan las mujeres por si desea una… o más. Queremos que se sienta usted satisfecho en todos los sentidos.

—Esto es sorprendente —emitió Michenko una risita crujiente—. Me ofrece usted cena, bebida, mujeres… ¡De todo! Está claro que ustedes piensan que una persona satisfecha rinde mucho más en su trabajo, sea este cual sea. Sin embargo, no creo estar en condiciones para esa clase de diversión esta noche…, aunque me gustaría mucho ver qué es lo que usted me ofrece…, además de cena y *whisky*. Quizá la visión de una bella joven me reanime.

Carson Vrain soltó una carcajada.

—Si alguna le gusta, está a su disposición, y le aseguro que nunca habrá tenido una mujer más dócil: es una donante.

—¿Una donante… de sexo?

—No. De materia prima, profesor… ¡De sangre! ¿Quiere usted ver a las donantes?

—Me parece que sí —masculló Michenko, poniéndose en pie.

Un minuto más tarde, ambos entraban en el amplio dormitorio donde estaban las seis camas ocupadas. Las dos enfermeras, Celia y Natalie, tuvieron que hacer un tremendo esfuerzo para no respingar al ver a Boris Michenko, que les dirigió una relampagueante mirada sardónica. No era para él una sorpresa, ni mucho menos, causar impresión.

Carson Vrain presentó a las dos enfermeras, que no acertaron a pronunciar una sola palabra, y que consiguieron una sonrisita con no poco esfuerzo, siempre bajo la sardónica mirada del inquietante personaje.

—Tenemos aquí los seis últimos donantes —dijo Vrain—. En esta ocasión había un hombre en el lote, y tuvimos que quedárnoslo, aunque preferimos solamente mujeres, pues son

menos difíciles de controlar cuando se recuperan, y sobre todo cuando las convertimos en cobayas para nuestros experimentos.

—¿Entiendo que adquieren ustedes «lotes» de personas? ¿A quién, cómo, a qué precios…?

—¡No pagamos nada! —Rio Vrain—. Conseguimos nosotros mismos esos lotes. A veces son los ocupantes de un automóvil, a veces un grupo de turistas… Casi siempre escogemos material norteamericano, gente que entra en Canadá por Niágara Falls. Estas seis personas son norteamericanas. Es decir, suponemos que si lo son cinco también lo es la muchacha rubia, que no tenía documentación… Debió dejársela en el hotel. Véala. Es preciosa, ¿no cree?

Se detuvieron los dos junto al lecho donde yacía la preciosa muchacha rubia de los labios sonrosados. Vrain miró de reojo a Michenko, cuya mirada permanecía fija en el lívido rostro femenino.

—Parece muerta —susurró, con voz tensa.

—Pero no lo está. Puede usted comprobarlo.

Boris Michenko puso dos dedos en un lado del cuello de la rubia, y luego se inclinó, acercando el oído a la entreabierta boca femenina. Finalmente, puso la mano izquierda bajo el seno de ese mismo lado de la muchacha, alzándolo un poco, en busca del palpitar del corazón.

—Si —murmuró—. Todavía le late el corazón, desde luego.

—Todo lo que le ocurre es que le hemos retirado casi la totalidad de la sangre. Conserva la mínima cantidad indispensable para mantenerse con vida, digamos en un estado de suspensión. De todos modos, con los debidos cuidados y una alimentación intravenosa adecuada, se repondría con relativa rapidez. Depende de su fortaleza física. Por eso elegimos siempre donantes jóvenes, sanos, fuertes.

—Entiendo. ¿Y esta es la mujer que usted me ha ofrecido?

—Le aseguro que no encontrará nada tan dócil —sonrió Carson Vrain—. Nuestros hombres se divierten mucho con las donantes… Son como muñecas hinchables, jamás protestan por nada. Resulta agradable relacionarse con alguien que nunca discute, ¿no cree?

Boris Michenko miró a Vrain, miró luego a Natalie y a Celia, que casi sonreían, y asintió.

—Tal vez sí resulte agradable —susurró—. Todo es cuestión de probarlo. Y debo admitir que, científicamente, me interesa el… experimento. Me quedaré con la rubia. ¿Podemos trasladarla esta misma noche a mi habitación?

—Naturalmente —sonrió hipócritamente Carson Vrain, maldiciendo interiormente al ruso, que le había privado de su gusto personal para aquella noche—. Daré las órdenes inmediatamente, para que dos de mis hombres la trasladen.

—No es necesario —dijo Michenko—… ¿O quizá debe ser movida con especial cuidado?

—No, en absoluto.

—Entonces, yo la llevaré.

Para asombro de las dos enfermeras y de Vrain, el ruso cargó en sus brazos con el cuerpo de la rubia, y se encaminó, bamboleante, hacia la puerta, que Vrain se apresuró a abrirle. Cuando los dos hombres salieron de la habitación, Celia y Natalie se miraron, y ambas suspiraron a la vez.

—Cielos —musitó Natalie—. ¡Qué hombre tan siniestro!

—La pobre «Nameless[1]» ha tenido poca suerte, es cierto.

—Me parece bien lo de llamarla «Nameless» —sonó la voz de Boris Michenko en la puerta—, y les agradezco la idea. Pero les voy a rogar que en lo sucesivo se abstengan de hacer comentarios a mi costa.

Las dos muchachas habían quedado petrificadas por el espanto. Junto a Michenko estaba Vrain, que las miraba furiosamente. Ninguna de las dos acertó a decir nada, y Michenko, tras una mueca siniestra, se retiró, siempre cargado con «Nameless».

Y cargado con ella subió al segundo piso, donde estaban los dormitorios mejor acondicionados y aislados del movimiento que pudiera haber en la casa. Vrain introdujo a Michenko en uno de esos dormitorios, amplio, confortable pese a la vetustez.

—Todo estaba un poco deteriorado cuando nos instalamos aquí —explicó Vrain—, pero se hicieron las reparaciones necesarias, y arreglos de tuberías, instalaciones eléctricas… Esa puerta es la del cuarto de baño. Cualquier cosa que necesite, profesor, sea tan amable de pedirla inmediatamente.

Boris Michenko, que había depositado a «Nameless» sobre la amplia cama, se volvió hacia Vrain, irguiéndose en lo posible.

—Hay una cosa que necesito saber inmediatamente —dijo—: ¿cómo es posible que esta mujer no haya muerto?

—Ya le he dicho antes que se les administra una alimentación intravenosa que permite la conservación de las constantes vitales.

—¿Qué alimentación es esa?

—Es un descubrimiento del doctor De Loire, del que desconozco la fórmula exacta.

—Entiendo. El doctor De Loire es un poco celoso de sus descubrimientos, ¿no es así?

—Más o menos como todos los científicos, supongo —sonrió Carson Vrain.

—Ya. Bueno, de todos modos, supongo que dispone usted de abundantes dosis de esa alimentación.

—Naturalmente.

—Espléndido. Se me ha despertado el… apetito por esta muchacha, pero está… demasiado… relajada, y preferiría… revitalizarla un poco para gozar con ella. No me gusta que esté tan… muerta. O medio muerta. ¿Puede proporcionarme unas cuantas dosis?

—Lo haría con gusto si eso no resultase peligroso, profesor. La administración de las dosis ha de ser progresiva. Si de pronto le administrásemos a esta mujer una dosis excesiva no se recuperaría más rápidamente, sino que moriría en el acto, víctima de una parálisis sanguínea. El proceso, como le digo es paulatino, progresivo.

—¿Cuánto tiempo necesitaría para volver a su estado normal administrándole esas dosis en las medidas y tiempo adecuados?

—Dos o tres días. Acelerar el proceso sería matarla. Lo hemos comprobado.

—Está bien. A partir de mañana, yo me encargaré de «Nameless»… Quiero decir con esto que me gustaría que esta mujer fuese de mi exclusiva… propiedad. Me gusta hacer mis propios experimentos, y contando con ella no tendré que manipular al resto de los donantes, que reservaremos para el trabajo conjunto. ¿Hay algún inconveniente en esto?

—Claro que no.

Entonces, hasta mañana, doctor Vrain. Y muy agradecido por todas sus atenciones.

—Repito mi bienvenida —musitó Carson Vrain.
Y abandonó la habitación del profesor Boris Michenko.

Capítulo II

La puerta se cerró tras Carson Vrain, y Michenko permaneció inmóvil varios segundos, mirándola. Luego, despacio, se inclinó sobre «Nameless», y colocó de nuevo el oído cerca de la boca de la preciosa rubia. La respiración de este era lenta y leve, pero rítmica.

Boris Michenko procedió a quitarle a «Nameless» el camisón, moviéndola cuidadosamente. La muchacha quedó completamente desnuda sobre la cama. Era espléndida, de piel como seda. Las formas de su cuerpo eran de una belleza impresionante. El vello del sexo era intensamente negro. Michenko deslizó una mano por encima, sonriendo como divertido. Luego, comenzó a examinar el cuerpo de «Nameless», centímetro a centímetro…

Lo último que miró fueron los antebrazos de la muchacha. Solo en uno de ellos la habían pinchado, de momento, aunque dos veces, en sitios diferentes. Era evidente que por uno de los pinchazos le habían extraído la sangre, y por el otro le habían inyectado la alimentación intravenosa.

No había en el cuerpo de «Nameless» ninguna otra señal que él pudiera ver. Boris Michenko acarició los pechos turgentes y erguidos de la muchacha, sonriendo. Luego apagó la luz de la habitación, y procedió a desnudarse. Por la ventana, desde la que podía verse el río, y, a la derecha, la iluminación distante de Pembroke entraba un leve resplandor, que se esparcía sobre la cama, y sobre el terso y hermoso cuerpo de «Nameless», se tendió Boris Michenko.

—Je, je —se oyó su risa—. ¡Je, je, je! ¡Je, je, je, je!

* * *

El día siguiente amaneció nublado… si es que puede decirse que

amaneció, pues apenas lo parecía. Un resplandor agrisado con jirones de niebla permitía ver a cierta distancia, eso era todo. El ambiente era frío y húmedo.

Boris Michenko, que estaba de pie ante la ventana, se volvió de pronto a mirar a «Nameless» al oír el suspiro de esta. Se acercó rápidamente a la muchacha, que estaba ahora tapada con la ropa de la cama hasta los hombros. Le salía fuera un brazo, que Michenko introdujo bajo la ropa, con gesto solícito, aprovechando para echar una mirada a los magníficos senos de «Nameless».

—Una diosa —susurró—. ¡Una diosa!

Puso la mano izquierda bajo el seno izquierdo de «Nameless». El corazón latía con algo más de energía. Michenko alzó un párpado de «Nameless», y observó la lógica reacción del dilatamiento de la pupila al recibir más luz. Ni siquiera hacía falta ser un importante científico para comprender que esa reacción era debida a cualquier tipo de droga.

Es decir, cualquier tipo de droga, no. Evidentemente, el doctor De Loire había descubierto algo especial… Tan especial, que permitía a una persona mantenerse con vida con tan escasa cantidad de sangre en su cuerpo que, normalmente, habría sido insuficiente. Un gran investigador el doctor De Loire, sin duda.

Boris Michenko se inclinó finalmente sobre el rostro de «Nameless», y puso su boca sobre la de ella, en un beso lento y leve.

—No permitiré que te hagan mal alguno —susurró—. Si lo intentan, los mataré a todos… ¡A todos!

Arropó de nuevo a la muchacha, y se dirigió a la puerta de la habitación. Salió al pasillo, y se detuvo allí unos segundos, escuchando. Pero no había nada que oír. El silencio era increíble en la vieja mansión. Era como si la niebla del exterior lo absorbiera, lo… chupara.

Cojeando, Michenko descendió al piso inferior, y poco después entraba en la habitación donde estaban el hombre y las otras cuatro muchachas. Había dos enfermeras allí, pero no eran las mismas de la noche anterior. Se llamaban Joanna y Anne, y ambas se quedaron mirando casi aterradas a Boris Michenko, inmóviles, mudas.

Sin decir palabra, el científico ruso se acercó a uno de los lechos, y procedió a examinar a la muchacha que lo ocupaba, bajo la mirada fija y desorbitada de Anne y Joanna, que seguían inmóviles.

—¿Qué miran? —Gruñó de pronto Michenko, lanzándoles el rayo negro de su ojo sano—. ¿No tienen nada que hacer?

—No…, no señor —tartamudeó Anne—. Estamos… esperando al doctor Vrain.

—¿Y por qué no está ya aquí?

—Son… son las nueve y cuarto, profesor. El doctor Vrain no tardará en bajar.

Michenko emitió uno de sus gruñidos, y pasó a examinar a otra de las muchachas. Estaba examinando a la tercera cuando entró Carson Vrain en la habitación, perfecto, recién duchado y afeitado, oliendo a loción, magnífico.

—Ah, profesor Michenko, buenos días… ¿Ha descansado usted bien?

Michenko se volvió, lo miró malignamente, y acabó por exhibir una mueca que, sin duda, pretendía ser una sonrisa.

—Digamos que he pasado una noche agradable, doctor Vrain.

—Entiendo —rio Carson Vrain—. ¿Cómo está «Nameless» esta mañana?

—Yo diría que bien, dentro del proceso normal de regeneración sanguínea. Sin embargo, agradecería que me proporcionase usted una dosis de alimentación intravenosa, para acelerar un poco el proceso. Creo que sería más agradable para mí que ella tuviese un poco más de… vitalidad.

—Sí —sonrió Vrain—, sé que llega a ser molesta demasiada pasividad en una mujer.

—¿Quiere decir que usted ya hizo el acto sexual con «Nameless», antes que yo?

—No. No tuve tiempo, por decirlo de algún modo. Pero he tenido otras muchas experiencias en ese sentido. Bueno, ¿qué le parece si bajamos a desayunar?

—Preferiría, antes que nada, inyectarle una dosis intravenosa a «Nameless».

—Hay tiempo. Y antes de proceder a eso creo conveniente ponerle al corriente de algunos detalles de nuestro trabajo, para que usted no se aburra mientras esperamos el regreso del doctor De Loire. ¡Y no me diga que tampoco tiene apetito esta mañana!

—No demasiado —gruñó Michenko—, pero el suficiente para tomar algo antes de ponerme a trabajar. No he venido aquí a perder

el tiempo, doctor Vrain.

—Por supuesto que no —sonrió de nuevo Vrain—, pero alimentarse también es aprovechar el tiempo, profesor. Vamos abajo… ¿Prefiere que desayunemos solos o le gustaría conocer al resto del personal de la mansión?

—Me gusta saber con quién tengo que relacionarme —gruñó Michenko.

Cuando entraron en el salón que servía de comedor se hizo un Súbito silencio. La mirada de Michenko efectuó un velocísimo circuito que abarcó en un instante a todos los presentes, como fotografiándolos. Todos estaban desayunando, tomando café, fumando… El ambiente estaba un poco cargado.

—Ya conoce usted a Lester y Dupré —dijo Vrain—, así como a Celia y Natalie. Permítame presentarle ahora al doctor Reuter, nuestro forense; al doctor Bowman, encargado de vigilar y controlar los efectos del MaB, sobre el cual le informaré más tarde; faltan aquí nuestro estimado cocinero, Ledoux y Joanna y Anne, a las que ha visto usted arriba, con los donantes; en cuanto al resto de los hombres son Howitz y Mernier, que prestan servicios diversos, como Dupré y Lester, y, por último, Mayer, el encargado del mantenimiento de prácticamente todos los servicios de la casa. Por supuesto, todos vosotros sabéis que él es el profesor Michenko, de quien tanto hemos hablado.

Michenko había ido mirando uno a uno a los presentes, sin parpadear siquiera, como si no oyera nada, como si nada le interesara. Pero, cuando Vrain terminó de hacer las presentaciones, dijo:

—Según parece, solo me falta conocer al cocinero…, y al doctor De Loire.

—Todo se arreglará —rio Vrain.

Poco después, apareció el cocinero Ledoux, un hombre alto, calvo y grueso, con más servicios de desayuno, así que a Boris Michenko solo le faltó por conocer, en definitiva, a Fernandel De Loire, lo que, aseguró Vrain, se remediaría en dos días, quizá tres como máximo.

El ambiente fue un tanto tenso durante el primer desayuno de Boris Michenko en la mansión. Hacía ruido con la boca, y en un momento dado, en que todos permanecían callados, ese ruido se

oyó con toda nitidez. Afuera, la niebla parecía que se disipaba un poco.

No tardaron mucho en quedar solos Vrain y Michenko. Este se sirvió café, y miró sardónicamente a aquel.

—No les soy simpático, pero ya estoy acostumbrado.

—Todos se irán apreciando a medida que vayan conociéndose mejor —dijo Vrain—. Y, en cualquier caso, profesor, no olvide que todas las personas que ha conocido están a su servicio. Usted, el doctor De Loire y yo, formamos el trío… directivo. Los demás son simples ayudantes, cada cual en su actividad. Bien… ¿Le gustaría visitar nuestro depósito de donantes?

—¿Depósito de donantes? Ya lo conozco, ¿no? Supongo que es esa habitación del primer piso donde…

—No, no, no… Arriba, ahora al cuidado de Anne y Joanna, están solamente los últimos en llegar, a la espera de ser trasladados al depósito, que está al cuidado del doctor Reuter. Solemos tenerlos en observación directa el doctor De Loire y yo antes de llevarlos al depósito.

—Ah. Bueno, de todos modos me gustaría antes inyectarle una dosis de alimentación a «Nameless».

—Tal vez sería conveniente que se hiciera usted una idea casi exacta de todo esto antes de proceder a eso, profesor. ¿A usted le interesa de modo especial esa muchacha?

—¿De modo especial? —Alzó una ceja Michenko.

—Quiero decir que quizá desea conservarla un tiempo… más o menos largo. ¿O solo es un capricho más bien científico?

Boris Michenko reflexionó unos segundos antes de contestar:

—Creo que ambas cosas. En principio me interesó la muchacha por su belleza, pero francamente en todo momento pensaba más en disponer de un donante para mí solo, al fin de obtener conclusiones propias que quizá podrían servir de algo cuando el doctor De Loire pase a darme la información exacta de lo que están haciendo ustedes…

—Eso me parece francamente acertado —intercaló Vrain.

—Pero lo cierto es —Michenko sonrió— que la chica me… ha resultado muy placentera esta noche, y quisiera conservarla en las mejores condiciones posibles. La verdad es que hacía mucho tiempo que no… Bueno, digamos que casi había olvidado lo… agradable

que puede llegar a ser el sexo. Y al recordarlo esta noche, pues… Bueno, al fin y al cabo la Ciencia no tiene nada contra el disfrute sexual, ¿verdad?

—¡En absoluto! —Rio Vrain—. Y tal como ha expuesto usted las cosas creo que, en efecto, a «Nameless» habrá que inyectarle sucesivas dosis de AI, y no dosis de MaB.

—Entiendo que AI significa Alimentación Intravenosa. ¿Qué significa MaB?

—Magma Blood. En realidad, este es el gran descubrimiento del doctor De Loire, para perfeccionar el cual se pensó en la colaboración de usted. Los detalles exactos, tanto del AI como del MaB, se los facilitará el doctor De Loire, pero mientras tanto tendré mucho gusto en facilitarle una información general. Creo que debemos ir ante todo el Depósito de Donantes.

—De acuerdo.

Salieron del salón, y fueron hacia el fondo de la casa, donde estaba la cocina. Antes de llegar a esta, y a la derecha, había dos puertas cerradas, que Carson Vrain señaló.

—En realidad, este fue un arreglo que dispuso el doctor De Loire. Antes había una sola puerta, que cerraba, la entrada a los sótanos, que ocupan mayor extensión que la superficie de la casa. El doctor De Loire decidió dividir esos sótanos en dos secciones, a cada una de las cuales se accede por una de estas puertas. En caso necesario, también se puede pasar de una sección a otra desde abajo, pero generalmente esas puertas no se utilizan, porque cada sección es… independiente de la otra. Son, en conjunto, unos sótanos muy curiosos, llenos de pasadizos y recovecos; al parecer, fueron construidos al mismo tiempo que la casa, hace mucho tiempo, cuando todavía se sostenían por estos lugares luchas con los indios. Los ocupantes de la casa podían esconderse en los sótanos si las cosas se ponían francamente mal, y hasta parece ser que, conociendo los pasadizos, podían escapar, salir al aire libre por alguna parte… Pero no es recomendable meterse por esos pasadizos. Yo lo intenté una vez, y… —Carson Vrain se estremeció —. Francamente, no quisiera volver a ellos nunca más. Bien, vamos a bajar al Depósito de Donantes.

Vrain empujó la puerta de la derecha, y se introdujo en un descansillo, para accionar el interruptor de la luz. Había un tramo

de escalones de piedra, húmedos, que descendían hasta una profundidad de no menos de ocho metros. Desde abajo parecía llegar un aliento frío, húmedo, como una mano que palpase los cuerpos. Vrain captó el estremecimiento de Boris Michenko, y lo miró sonriente.

—Precisamente para conseguir dinero para estas cosas es por lo que está viajando el doctor De Loire —explicó—. Aunque el proyecto definitivo consiste en construir una clínica en un lugar sano, hermoso y soleado, eso puede tardar lo suficiente como para que haga necesario el acondicionamiento de los sótanos con calefacción y renovadores de aire; bueno, todo eso… Será mejor que se sujete al pasamanos para bajar, profesor, no vaya usted a resbalar.

Michenko le dirigió una torva mirada, pero se agarró al pasamanos. Cuando llegaron abajo vio las tres bocas de pasadizos, por las cuales, especialmente por dos, llegaban aquel aliento frío y húmedo…, y unos chillidos que Michenko tardó unos segundos en identificar.

—Hay ratas —murmuró.

—Sí, algunas, pero no llegan nunca hasta aquí. No las dejamos, ni ellas lo necesitan. Venga por aquí.

Tomaron por el pasadizo de la derecha, donde había iluminación y un cierto ambiente de calor. Al fondo, Michenko divisó una sólida puerta de madera, reforzadísima con flejes de hierro oxidado y adornada con algunas telarañas. Pero no llegaron allí. Vrain empujó una puerta a la derecha, y se apartó.

Boris Michenko entró en una enorme habitación, más bien una nave…, sí, debía haber sido una bodega enorme. El techo estaba abovedado. La temperatura era mejor allí. El doctor Reuter acudía al encuentro de ambos, sonriente.

Pero Boris Michenko no le miraba, no le hizo el menor caso. Su ojo se movía velozmente, mirando a todos lados de la nave… Estaba llena de catres sencillísimos dotados de no menos sencillas colchonetas de espuma. Quizá había en total cien catres. Y salvo ocho o diez, todos estaban ocupados por seres humanos, todos ataviados con el blanco camisón de donante. Celia y Natalie iban de un lado a otro portando inyectables, y Michenko comprendió que se turnaban con Anne y Joanna en los servicios abajo y arriba.

Vrain había cerrado la puerta. Se oía la voz de Reuter diciendo algo, pero Michenko había centrado toda su atención acústica en aquella especie de… gemido colectivo que brotaba del fondo y a su derecha de la nave.

Era como si varias personas formaran un arpegio de gemidos, bajos, tremolantes y lastimeros. Pero solo en aquella parte. Los demás donantes, en su mayoría mujeres, permanecían, con el silencio solo concebible en la muerte, absolutamente inmóviles.

—Son los que están más recuperados —oyó Michenko la voz de Carson Vrain.

Le pareció que llegaba de muy lejos. Lo miró.

—¿Qué? —Gruñó.

—Los que gimen son los que están más recuperados. Como le explicaba antes, los recién llegados permanecen arriba, dos, tres o cuatro días, bajo la supervisión directa mía o del doctor De Loire, y luego son traídos aquí, donde el doctor Reuter sigue cuidando de ellos…

—¿Cuidando?

—Para que no se mueran —sonrió Vrain—, hay que llevar un control de los que necesitan ser inyectados con AI, y ese control lo lleva el doctor Reuter. Los que llevan aquí algún tiempo se van recuperando, van regresando a la consciencia, y entonces digamos que… nos recuerdan que están vivos gimiendo. Esos gemidos significan una franca recuperación.

—Es decir, que los que gimen son los que están mejor.

—Exactamente. Y cuando han recuperado un… torrente sanguíneo adecuado, son sometidos a una nueva extracción de sangre. Y así, indefinidamente —sonrió de nuevo—…, hasta que acaban por morir, claro. Pero mientras tanto, nos van proporcionando litros y litros de sangre.

—¿Qué hacen con los que mueren?

—Digamos que son… aprovechados adecuadamente —rio ahora Vrain, no poco siniestramente—. Aquí se aprovecha todo, profesor. Como científico, espero que usted se haga cargo de la situación.

—Sí. ¿Para qué necesitan tanta sangre?

—Para fabricar el MaB. Tenemos varios depósitos conservantes de sangre, naturalmente clasificados por grupos. A todos los grupos se les aplica la misma fórmula del MaB; es decir, se le… añade

cierta sustancia invención del doctor De Loire y esa sustancia es la que convierte la sangre en MaB.

—Entiendo. ¿Y qué hacen con el MaB?

—Esa es la cuestión —susurró Vrain—… La idea consiste en conseguir, por medio del MaB, un nuevo torrente sanguíneo para las personas, mucho más rico en todos los sentidos que la propia sangre.

—¿Pretende tomarme el pelo, doctor Vrain?

—Por supuesto que no.

—Entonces, veamos si yo le he entendido bien… Usted me está diciendo que con la sangre de los… «donantes» y un aditivo inventado por el doctor De Loire fabrican un… líquido al que han llamado MaB, y que es mucho más rico que la sangre humana. ¿Cierto?

—Cierto.

—Así pues, si… cambiamos la sangre normal de una persona, y la sustituimos por el MaB, esa persona tendrá una… vitalidad diferente a la que tenía antes. ¿Es así?

—Exactamente. Y. no se trata del Manantial de la Eterna Juventud, sino de mucho más. ¿Le gustaría a usted ver algunos ejemplos tratados con el MaB, profesor?

—No me he jugado la vida escapando de Rusia para escuchar preguntas idiotas, doctor Vrain.

—Por supuesto. Venga, utilizaremos la puerta de abajo para pasar a la sección MaB.

Capítulo III

En el muro que dividía en dos el enorme sótano lleno de pasadizos había una solidísima puerta metálica, que fue abierta por Carson Vrain. En seguida se hallaron en un pequeño recibidor, del que arrancaba la escalinata de húmedas piedras hacia la puerta que daba a la planta baja de la casa.

La Sección MaB parecía algo más cuidada que la anterior, aunque también allí el ambiente era húmedo y frío, en general. Sin embargo, la sala a la que Vrain condujo a Michenko presentaba mucho mejor aspecto que todo lo visto hasta entonces.

Esto, en cuanto a instalaciones. Respecto a los demás, el profesor Boris Michenko se estremeció cuando vio a las personas que había allí dentro, también ataviadas con batas blancas cada una de las cuales, en rojo, llevaba bordado el anagrama MaB. La gran nave estaba dividida allí en dos partes, una de las cuales se destinaba a dormitorio, con lechos más confortables que los del Depósito de Donantes. La otra parte parecía una sala de recreo y un salón de estudios al mismo tiempo.

Todos los MaB estaban en esta parte, sentados en cómodos sillones, leyendo o reflexionando. Nadie hablaba, no se oía el menor sonido…, pero todas las miradas se volvieron hacia Michenko y Vrain. Había cuatro hombres y unas veinticinco mujeres, además del doctor Bowman, que iba lentamente de un lado a otro, como un profesor recorriendo su aula.

Fueron las miradas de los MaB lo que estremeció a Michenko.

Eran unas miradas claras, nítidas, luminosas, resplandecientes de inteligencia. Pero una inteligencia que le pareció fría, implacable, demoledora…, casi agresiva. Nadie tenía allí, al parecer, más de treinta años, y su aspecto era muy saludable. Incluso, tal vez, demasiado saludables sus rostros excesivamente sonrosados, y la tersura de la piel, la lozanía de la boca, la barbilla,

la garganta. Era como si cada una de aquellas personas tuviese una leve aura resplandeciente que las envolvía.

—La AI —explicó suavemente Vrain— fue el punto de partida. El doctor De Loire perfeccionó la AI, y con ese perfeccionamiento consiguió el MaB, es decir, una… nueva sangre, muy rica, de cualidades extraordinarias. Al recibir el MaB, todos los tejidos se regeneran, rejuvenecen, por decirlo así. Pero esa es la parte menos importante del asunto, la juventud visible. Lo más importante es que el riego del MaB en todo el organismo elimina cualquier posibilidad de enfermedad, no existe bacilo o virus que pueda sobrevivir en un cuerpo humano en el que se ha sustituido la sangre normal por el MaB. Y, de modo especial, el MaB afecta al cerebro.

—¿Regenerándolo también? —susurró Michenko.

—Regenerándolo, en efecto, pero sobre todo, mejorándolo en su función específica.

—Ya entiendo. Del mismo modo que el MaB mejora la salud y la calidad de los tejidos, mejora también la calidad y la función del cerebro. Si hasta entonces ese cerebro ha estado funcionando con el riego sanguíneo normal a un nivel coeficiente de 130, por ejemplo, al ser regado por el MaB aumenta el coeficiente, estimula el cerebro de tal modo que la inteligencia de la persona tratada con MaB aumenta en la misma proporción que ha aumentado su salud.

—Exactamente. Lo que significa, en definitiva, que podemos crear… o mejor dicho, recrear seres muy superiores a los que actualmente pueblan el mundo. Supongamos, profesor, que el coeficiente intelectual de usted es actualmente de 160. ¿Cuál cree que sería ese coeficiente si lo sometiéramos a un tratamiento del MaB?

—¿Doscientos?

Carson Vrain se echó a reír.

—Más… ¡Mucho más, profesor! Se lo explicaré de este modo. Tomemos como sujeto experimental a una persona cuyo cerebro, cuya inteligencia, sea inferior a la normal; un retrasado mental, para decirlo en términos vulgares. Pues bien, si a ese retrasado mental lo sometemos a un tratamiento de MaB adquirirá una inteligencia intuitiva y analítica que, comparada con la de Einstein, pongamos por caso, dejaría a Einstein en ridículo. Sería… como enfrentar a un genio con un tonto, con un tarado mental.

—O sea, que estas personas que nos están mirando han sido sometidas al MaB, y ahora su inteligencia se ha desarrollado hasta esos límites. Son… supercerebros, Y físicamente, son supersanos.

—Inatacables por las enfermedades, en efecto. Aunque el proceso todavía no está terminado, no es un éxito definitivo aún. Por eso, estamos utilizando material corriente para los experimentos. Secuestramos gente, la traemos aquí, y la sometemos a todo el proceso. Dentro de poco, precisamente con la ayuda de usted, esperamos conseguir el éxito definitivo.

—Para ayudarles tendré que conocer a fondo el MaB, doctor Vrain.

—Naturalmente. De otro modo, por mucho que sea usted el número uno mundial en Biogenética no nos serviría de nada, profesor. Confiamos en usted, y estamos seguros de que antepondrá el adelanto científico que todo esto significa a cualquiera otra consideración de tipo económico, social, político, moral, etcétera. ¿No es así?

—Por supuesto. Yo soy ante todo un científico, doctor Vrain.

—Así pensamos, y por eso el doctor De Loire le seleccionó a usted, pese a las dificultades que existían para hacer contacto y luego facilitarle su traslado a Canadá. Bien, ¿qué le parecen a usted nuestros MaB?

—¿Quiere la verdad? —Sonrió secamente Michenko.

—Claro. Solo la verdad. ¿Qué le parecen?

—Me parecen siniestros.

Carson Vrain se quedó mirando estupefacto a Michenko, lo mismo que el doctor Bowman, que, sin dejar de pasear, les había estado escuchando. La estupefacción de Bowman no cedió, pero de pronto Vrain se echó a reír estruendosamente.

—¡Pero qué dice usted…! —exclamó—. ¡Siniestros! ¡Vamos, profesor, vamos…!

—Presiento en ellos una inteligencia que me aterra, esa es la verdad.

—¿Y cuál es el problema? En cuanto usted sea sometido al tratamiento del MaB su inteligencia aumentará en la misma proporción que la de ellos, y entonces seguirá siendo superior a ellos. No debe temer a los MaB: piense que todos ellos estarán a nuestro servicio. Esto significa, profesor, que dispondremos de todo

el mundo como servidores nuestros. ¿Se lo imagina?

—¿Pretenden ustedes que sometamos a seis mil millones de personas al proceso del MaB? —Gruñó Michenko.

—¡Claro que no! No será necesario eso, bastará que ofrezcamos nuestro MaB a las personas más significadas del mundo. Supongamos que el Primer Ministro Canadiense padece de cáncer, que nosotros le ofrecemos curarle, y que, en efecto, con el MaB lo conseguimos… No solo le habremos curado, sino que prolongaremos su vida, su salud, y aumentaremos su inteligencia, con lo que ese Primer Ministro se afianzaría por mucho tiempo en el poder en Canadá… ¿No cabría esperar de ese Primer Ministro un… mínimo de agradecimiento hacia nosotros? Y lo mismo que a un Primer Ministro podremos ofrecérselo a un rey de las finanzas, a un artista genial, a un pensador, a la NASA… ¡Qué sé yo! ¿Lo comprende?

—Desde luego. Pero toda esa gente podría prescindir de nosotros cuando ya hubieran conseguido su objetivo.

—¿Sí? ¿Y quién les proporcionaría el MaB cuando volviesen a necesitar el tratamiento un par de años más tarde?

Boris Michenko frunció el ceño.

—Según parece, lo tienen todo previsto.

—Todo. Este será un mundo para privilegiados en inteligencia y salud. Lo demás, pura escoria a nuestro servicio. Cuando con la ayuda de usted…

—Cállense —se puso de pronto en pie una de las mujeres MaB, dejando caer el libro que había estado leyendo—. ¡Cállense, dejen de molestar, CALLENSE Y SALGAN DE AQUI!

Bowman corría ya hacia la muchacha, con gestos tranquilizadores. Michenko y Vrain se habían sobresaltado, y el último asió al primero por una manga y tiró de él, susurrando:

—Será mejor que nos vayamos. Les estamos molestando…

—¡Que se callen! —Tronó ahora un hombre, poniéndose también en pie de un salto—. ¡Nos están perturbando!

—Calma, calma —pidió Bowman—, ya se van, es solo…

—¡Usted también, cállese! —Se revolvió el hombre hacia Bowman—. ¡No quiero oír sus horribles voces animales, les digo que se callen, que…!

Sus ojos, todo su rostro, estalló de pronto. Boris Michenko fue

pillado de sorpresa, pese a que había seguido el veloz proceso desde que se inició: el hombre había comenzado a enrojecer intensamente, las venas de su cuello, sienes y frente se abultaron, los ojos se desorbitaron…, y de pronto todo estalló, como si el hombre hubiera tenido un petardo dentro de la cabeza, que no pudo con los huesos, pero sí con la carne. Estalló el rostro, lanzando una andanada de sangre ardiente que salpicó a todos lados con fuerza.

Algunas salpicaduras fueron al rostro de Boris Michenko, que retrocedió un paso, sin dejar de mirar, impresionado, al hombre, que todavía permanecía en pie, ofreciendo una imagen espantosa. De repente, también la cabeza de la muchacha que se había puesto en pie estalló, del mismo modo, pero con más violencia. La muchacha pareció empujada hacia atrás, cayó de espaldas, y un surtidor de sangre terminó de salir por su cabeza cuando ya estaba en el suelo. El hombre muerto cayó entonces despacio hacia delante, rebotó en el suelo, y quedó inmóvil.

Boris Michenko retrocedió otro paso, lentamente. Vrain le asió de un brazo, y tiró de nuevo de él, ahora sin decir palabra. Se dirigieron hacia la puerta de la nave, seguidos por Bowman, que se veía ahora tenso, inquieto.

Cuando estuvieron fuera de la nave, Bowman lanzó un suspiro fortísimo.

—¡Esperemos que todo termine así! —exclamó.

—Pero… ¿Qué ha pasado? —masculló Michenko.

Los dos se quedaron mirándolo. Carson Vrain sonrió levemente.

—Eso es precisamente lo que esperamos que usted nos diga cuanto antes mejor, profesor.

—Ya. Les ha sucedido a otros, ¿verdad?

—A bastantes. Ignoramos por qué. Tal vez sea un exceso de MaB, quizá sus cerebros no pueden soportar la tensión, o podría ser que fuese… demasiada salud la que les proporcionamos al cambiarles la sangre por el MaB. Usted tendrá que decírnoslo.

—De acuerdo.

—Naturalmente —dijo Bowman—, puede usted disponer de todos cuantos sujetos experimentales precise. En mi opinión, deberíamos iniciar los estudios por el cerebro, y claro está, puede usted pedirme cuantos cerebros desee para estudiarlos… ¡Estaré encantado de servírselos, profesor!

—¿Se refiere a esos cerebros… reventados?

—¡Claro que no! —Se ofendió Bowman—, me refiero a cerebros en perfecto estado, que yo mismo extraeré de esos cuerpos.

—¿Y luego volverá a colocar esos cerebros en su sitio, esto es, en el cráneo de la mujer o del hombre al que se los haya… extirpado?

—¡Qué ocurrencia más graciosa! —Rio Bowman—. Por supuesto que eso es imposible. Simplemente, nosotros aprovecharemos de momento los cerebros para nuestras investigaciones, y los cuerpos se los echaremos a las ratas, como hacemos desde el principio…

* * *

—A ti no te echarán a las ratas —susurró Michenko, inyectando a «Nameless» la dosis de AI—. ¡A ti ni siquiera te tocarán esos cerdos!

Retiró la aguja, y fue a lavarse las manos al cuarto de bario. Cuando salió, todo seguía igual. Él y «Nameless» estaban solos en el dormitorio, y ella seguía en la cama. Michenko se acercó de nuevo a ella, y le tomó el pulso en una carótida, con las yemas de los dedos.

—Te vas reponiendo muy bien, «Nameless» —sonrió.

Estuvo unos segundos mirándola. Luego, se acercó a la ventana, se sentó en una de las butacas, sacó una pipa, y la encendió. Ahora, tenía que esperar que la dosis de AI que finalmente le había proporcionado Vrain, surtiese efecto. Nada espectacular, de momento, le había advertido Vrain.

Debían ser las once de la mañana. Afuera, el día no podía ser más gris. Era un día tétrico.

¿Dónde debía estar el doctor De Loire? Recogiendo dinero, por supuesto, pero ¿dónde? ¿A qué clase de personas estaba recurriendo para que le financiasen? Pero bueno, esto poco importaba. Lo único que importaba allí era el propio De Loire.

Boris Michenko se sumió en sus pensamientos, y solo se movió, vivamente, cuando oyó el suspiro de «Nameless». Se puso en pie casi de un salto, y se acercó a la muchacha, inclinándose sobre ella.

«Nameless» había abierto los ojos, pero no había en ellos expresión alguna. Sus grandes ojos azules, bellísimos, parecían ahora dos espejos quietos reflejando la blancura del techo. El profesor Michenko se inclinó más, y vio su horrible rostro por duplicado en los ojos de «Nameless».

—¿Me oyes? —susurró—. ¿Me oyes?

Simplemente, «Nameless» volvió a suspirar. Michenko le tomó de nuevo el pulso. No era normal todavía, pero había mejorado en ritmo y potencia. Sí, ella era muy, muy fuerte y sana. Nadie le haría más daño mientras él estuviese allí. Al que intentase volver a tocarla, lo mataría.

El grotesco profesor pasó una mano por la frente de la muchacha. Todavía estaba fría, y percibió una leve transpiración, que secó suavemente con la sábana. Luego, tras otros momentos de contemplación del rostro de «Nameless», volvió a sentarse.

Había exigido que no se efectuara ningún experimento más con los «donantes» hasta que regresara el doctor De Loire, y Vrain le había asegurado que sería obedecido, que todo quedaría en suspenso hasta que Michenko hubiera hablado con De Loire y hubiera dedicado unos días a estudiar a los MaB. Así que todo era quietud en la mansión, nadie tenía nada especial que hacer, salvo cuidar de los donantes, los «cobayas» del Depósito y los MaB.

Nada que hacer. Solo esperar, en aquella mansión que no podía ser más lúgubre. Sí, lo mejor era no hacer nada hasta que el doctor De Loire regresara. Nada absolutamente.

* * *

Hacia las seis de la tarde, «Nameless» emitió un suspiro que a Michenko le pareció más natural que los anteriores. Una vez más se acercó a la muchacha, que tenía de nuevo abiertos los ojos, y, como siempre miraba al techo.

Pero esta vez, cuando Michenko se inclinó sobre ella, la muchacha desvió la mirada, y la posó en el horrible rostro del profesor ruso. No hubo sobresalto en la expresión de «Nameless». Solo una leve curiosidad, quizá un poco de desconcierto. «Nameless» parpadeó varias veces, estuvo luego unos segundos con los ojos cerrados, y acto seguido miró de nuevo al profesor Boris Michenko, que sonrió.

—¿Me conoces? —preguntó—. ¿Me recuerdas?

Los ojos de ella se movían lentamente, su mirada parecía pasearse plácidamente por cada uno de los rasgos de aquel rostro inquietante, siniestro. Era una mirada de estudio, de exploración,

lenta y calmada, como si cada rasgo de Michenko mereciera una especial atención.

—Te amo —dijo Michenko.

Pareció que una sonrisa estuviera a punto de formarse en los labios de «Nameless», pero todo se concretó en otro suspiro y en un gesto de cansancio, mientras los párpados de la muchacha se cerraban lentamente, lentamente, lentamente.

Boris Michenko comprobó una vez más el pulso de «Nameless», se aseguró que estaba bien abrigada y que no transpiraba, y volvió a sentarse cerca de la ventana.

Poco después de las siete y media bajó a cenar.

Capítulo IV

Poco después de las ocho y media, terminada la cena, el doctor Carson Vrain salió de la mansión, y se encaminó hacia el embarcadero. Pero no llegó a este, sino que, unos cincuenta metros antes de llegar se desvió hacia la izquierda, y caminó unos trescientos metros, siempre paralelo a la cercana orilla del río, hasta que divisó la luz del chalé.

Se dirigió resueltamente hacía este, y llamó a la puerta. Miró hacia el garaje, situado a su izquierda, que estaba cerrada. Todavía se veían en el césped las manchas de barro dejadas por los neumáticos del coche de Maureen Walsh.

La puerta del chalé se abrió, y una bella mujer de unos treinta años apareció en el umbral. La luz llegaba por detrás de ella, dando la sensación de que se convertía en una llamarada en sus rojos cabellos, y recortando su espléndido cuerpo bajo el transparente salto de cama. Casi era como verla desnuda.

—Me alegro de verte, Maureen —sonrió Vrain.

—Pasa —rio ella, apartándose—, pero no te hagas ilusiones: no me seduce hacer el amor contigo desde que sé lo que haces con las donantes.

Él terminó de cerrar la puerta, siempre sonriendo, y dijo:

—Son solo experimentos…, y además, no siempre tengo la suerte de que estés aquí. Has venido muy de prisa esta vez.

Ella se tomó de su brazo, encaminándose ambos hacia el saloncito.

—He venido de prisa porque así me lo ordenaste cuando te llamé esta tarde, para decirte que tenía ojeado otro lote de donantes. Y no entiendo esto, Carson: ¿no vas a enviar a los muchachos a por ese lote? Todo estaba previsto, lo tenía todo muy bien estudiado. Cuatro turistas norteamericanos que…

—Déjalo —encogió él los hombros—. Por ahora tenemos suficiente material para seguir trabajando. Y además, llegó el profesor Michenko, el ruso, ya sabes.

—Ah, sí. Bueno, ¿y qué tiene que ver ese Michenko con que los muchachos vayan o no a por el grupo que tenía ojeado?

—No quiero discusiones con Michenko. Él ha exigido que no hagamos nada de nada hasta que regrese Fernandel, y por mí no hay inconveniente.

—¿Quieres decir que quien da las órdenes ahora es el ruso Michenko? —rio Maureen.

—Digamos que prefiero que cualquier discrepancia sea resuelta entre él y Fernandel. Por otra parte, descansar unos días no es cosa que me moleste… sobre todo estando tú aquí.

—Te repito que he venido porque así me lo has ordenado, pero no tengo intención de acostarme contigo. La verdad, Carson, me paso el tiempo haciendo de ojeadora, buscando donantes para que los muchachos vayan a por ellos y los secuestren utilizando el gas, y no quiero que creas que mi parte del trabajo es tan fácil. También corro mis riesgos…

—¿Quién va a sospechar que una chica tan encantadora como tú está metida en los secuestros? —rio Carson.

—Bueno, siempre se puede cometer algún fallo. Tengo que ir de un lado a otro, y tarde o temprano alguien puede fijarse en mí, y darse cuenta de que allá donde desaparece gente he estado yo. Es un riesgo. Y luego me entero de que mientras estoy ausente tú te dedicas a la necrofilia…

—¡Oh, vamos! —Se impacientó Vrain—. ¡Esas chicas no están *muertas*, Maureen!

—¡Como si lo estuviesen, porque no se enteran de nada! ¡Y no comprendo cómo tú *sí puedes enterarte*! ¡Es repugnante! Francamente, cuando pienso en ello siento… un gran rechazo por ti. No es lo mismo que antes, compréndelo.

—¿Cómo demonios voy a decirte que se trata solo de un experimento? —Gruñó Vrain.

—¡Pues sigue con tus experimentos, pero a mí déjame en paz! Mira, no quiero pelearme contigo… ¿Quieres un *whisky*?

—No he venido precisamente a tomarme un *whisky*. Ya tengo *whisky* en la mansión.

—No vas a conseguir otra cosa de mí… ¡No me toques!

Maureen Walsh saltó alejándose de Vrain cuando este tendió las manos para asirla por la cintura. Vrain frunció el ceño, estuvo unos segundos con los brazos tendidos al vacío, y de pronto los dejó caer.

—Tu actitud es absurda —masculló.

—Te lo parece a ti, que no es lo mismo. Además, estoy muy cansada. Llevo varios días trabajando en el último lote, y luego me exiges que regrese con toda urgencia. He hecho todo el viaje sin parar… ¡Estoy deseando acostarme, eso es todo!

—Lo mismo que yo —sonrió Vrain.

—Pero me acostaré sola —se impacientó la bella Maureen—. Por favor Carson, quizá dentro de unos días o unas semanas vea las cosas diferentes, pero ahora las veo y las siento así. Si quieres un trago, de acuerdo, te lo serviré, charlaremos un poco…, y luego, ¡adiós!

Carson Vrain se quedó mirándola hoscamente, en silencio.

En aquel momento pensó en «Nameless», la hermosa muchacha rubia que el maldito Michenko había tomado como capricho personal, birlándosela tranquilamente. Y ahora, cuando tenía delante a Maureen, con la que anteriormente había tenido relaciones sexuales en no pocas ocasiones, la pelirroja le salía con lo de la necrofilia…

¿Qué estaría haciendo Boris Michenko en la mansión? Lo había dejado en el salón, leyendo un grueso libro de Anatomía, y parecía muy interesado. Tal vez Michenko estuviese todavía leyendo, y tal vez estuviese leyendo mucho rato todavía. El tiempo suficiente, quizá, para que él pudiera hacerle una visita afectuosa a la rubia «Nameless» sin que Michenko se enterase. ¡Y si no, qué demonios, tenía cuatro chicas jóvenes en la sala de donantes!

—¿Sabes qué te digo? —farfulló Vrain.

—¿Qué?

—Que te rocíes lo que ya sabes con ese *whisky*.

Segundos más tarde, la puerta batía a espaldas de Carson Vrain.

En el saloncito, Maureen Walsh todavía estuvo unos segundos con el ceño fruncido, algo enfurruñada. Luego, encogió los hombros, salió del saloncito apagando la luz, y se fue hacia el dormitorio, dispuesta a acostarse, en efecto, aunque fuese tan temprano. Se sentía realmente fatigada.

Se quitó el salto de cama, quedando en camisa de dormir; una prenda brevísima y de transparencia poco menos que total. Hasta no hacía mucho la había utilizado durante las visitas de Carson Vrain, y con mucho agrado, pero desde que supo aquello…

Maureen Walsh estaba ya inclinada sobre la cama, para acostarse, cuando quedó inmóvil. Luego, despacio, volvió la cabeza hacia la puerta.

No había oído nada, pero *sabía* que no estaba sola. La idea llegó nítida a su mente: Carson había simulado marcharse, pero se había quedado dentro de la casa. Estaba allí dentro, en alguna parte. ¿Qué podía pretender? ¿Poseerla a la fuerza?

—¿Carson? —llamó.

El silencio por respuesta. Maureen se irguió, dio la vuelta, y se encaminó hacia la puerta del dormitorio. El resto del chalé estaba a oscuras. Un lento estremecimiento recorrió el bello cuerpo femenino.

—Carson, sé que estás ahí —resonó la voz de Maureen en la casa—. ¡Déjate de tonterías!

Silencio.

—¿Carson? ¡Carson!

* * *

Carson Vrain entró en la mansión, y, en el acto, Howitz y Mernier se acercaron a él. El doctor Vrain comprendió enseguida que algo había ocurrido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Ha visto al profesor? —preguntó Howitz.

—¿A Michenko? Claro que no. Está leyendo en el…

—No —negó Mernier—. Salió detrás de usted, casi en seguida.

—Pues no lo he visto —masculló Vrain—. Bueno, debe estar paseando por ahí fuera. Un tipo como ese es capaz de todo.

—¿Y a Dupré? ¿Lo ha visto?

—Tampoco. Pero ¿qué demonios está pasando?

—Dupré dijo que le parecía que el profesor tenía intenciones de seguirlo a usted, y él salió detrás del profesor, para ver qué hacía.

—Pues no he visto a ninguno de los dos. ¿Dónde está Lester?

—Arriba, en el cuarto del profesor. Dijo que desconfiaba de ese

hombre, y quería echar un vistazo a sus cosas. Debe estar registrando su equipaje.

Carson Vrain sintió un súbito acceso de ira. ¿Registrando el equipaje de Michenko? ¡Lo que debía estar haciendo Lester era otra cosa bien diferente en el dormitorio de Michenko, donde estaba «Nameless», la más hermosa donante que había llegado a la mansión! ¡El muy cerdo!

Sin decir nada más, Vrain se lanzó escaleras arriba, seguido por Howitz y Mernier. Llegaron pocos segundos al segundo piso, y Vrain empujó rudamente la puerta del dormitorio destinado a Boris Michenko, entrando enfurecido.

Lo primero que vio fue a «Nameless», en la cama, dormida al parecer. Luego, a la izquierda, vio a Lester. Estaba ante un sillón, sobre cuyos brazos había colocado la maleta con la que había llegado Boris Michenko. Esto desconcertó a Vrain, que había esperado encontrarse otra escena bien diferente. Pero estaba claro que Lester dedicaba toda su atención a la maleta de Michenko…, lo cual también enfureció a Carson Vrain.

—Maldito seas —jadeó—. ¿Qué tratas de hacer? ¡Si el profesor se entera de que andamos revolviendo sus cosas…!

No dijo nada más. Se quedó mirando, atónito, la pistola con silenciador con la que Lester le estaba apuntando. Vrain palideció, mientras Mernier y Howitz quedaban estupefactos. Lester no les dio tiempo a reaccionar.

—Hay algo más. —Dijo, mostrando un pequeño objeto metálico —. Yo diría que es un emisor-receptor de bolsillo.

Carson Vrain sacudió la cabeza. Se acercó, miró la pistola y la pequeña radio, y luego a Lester.

—¿Eso estaba en la maleta de Michenko? —susurró.

—En ese doble fondo —señaló Lester—. Ha sido muy difícil encontrar el modo de alzarlo, pero sabía que tenía que haber algo en esta maleta, porque pesaba demasiado para estar vacía. El profesor ha puesto sus cosas en el armario…, pero ha dejado esto dentro de la maleta. Posiblemente pensó que registraríamos el armario, pero no la maleta.

—No entiendo esto —dijo Howitz ¡No lo entiendo! ¿Qué puede significar?

—Bueno —dijo Mernier—, un hombre que escapa de Rusia es

razonable que lleve un arma. Lo que me sorprende es la radio. Porque si lleva una radio es para comunicarse con alguien, ¿no? La pregunta es: ¿con quién?

—Sería muy fácil saberlo —dijo Lester—. Todo lo que tenemos que hacer es utilizarla, a ver quién contesta…

—No —dijo Vrain—. ¡No, nada de eso! Si utilizamos esa radio para hacer una llamada, y quien contesta comprende que se la hemos encontrado a Michenko, y que no es este quien hace el contacto, las cosas pueden complicarse de modo imprevisible. De modo que ni hablar de utilizar la radio… antes de que Michenko nos haya explicado qué significa. Aunque tal vez yo sepa ya qué significa todo esto.

—¿Qué significa?

—No es tan fácil salir de Rusia, ¿verdad? Sobre todo, para un científico eminente como es Boris Michenko. Sin embargo, él pudo escapar, llegó a Ottawa sin novedad. Y me pregunto si eso no estaba previsto por los rusos. Me pregunto si Michenko no les fue con el cuento de la oferta especialísima que le habían hecho desde Canadá, y los rusos han querido saber qué adelanto científico tenemos en marcha. Entonces, ¿qué mejor modo de averiguarlo que dejar «escapar» a Michenko, para que este llegue hasta nosotros y se entere de todo… para mayor beneficio de la ciencia soviética?

—¿Quiere decir que Michenko es un espía? —Se pasmó Mernier.

—No… El no, pero sí deben serlo los hombres que están, a la espera de sus llamadas por medio de esta radio. Le dieron la pistola por si se veía en apuros arreglárselas provisionalmente, y la radio para llamarlos a fin de que acudieran en su ayuda, o bien ir informándoles de lo que fuese sabiendo sobre el adelanto científico del doctor De Loire… ¡Maldita sea su estampa!

—A mí, todo eso me parece demasiado fantástico —gruñó Howitz.

—¿Qué otra explicación encuentras a esto, entonces? —Le miró irritado Vrain—. ¿Alguno de vosotros encuentra otra explicación?

Los tres hombres quedaron en silencio, mohínos. Vrain se acercó a la cama, y estuvo unos segundos mirando a «Nameless», cuyo aspecto era sosegado y hermoso. En definitiva, la rubia desconocida estaba haciendo una buena cura de sueño.

Vrain se volvió pronto hacia los tres hombres.

—Esconded eso, pero no en la maleta. Nos lo quedaremos. Ahora, buscad a Mayer, decidle que deje lo que esté haciendo, sea lo que sea, y esperadme todos en la puerta. Yo voy a bajar a los sótanos a ver si allí todo está en orden y en calma. Me reuniré con vosotros dentro de cinco minutos y saldremos a buscar a Michenko.

Los tres hombres salieron del dormitorio. Vrain volvió a mirar a «Nameless», y sonrió lúbricamente.

—Estás destinada a ser para mí, bella «Nameless», porque me parece que el profesor Michenko se va a ver en serias dificultades… Pronto volveré a por ti. Y teniéndote a ti, esa estúpida de Maureen puede irse al infierno…

* * *

Maureen se iba sintiendo más y más irritada. Si era una broma, no tenía ninguna gracia. Y si no era una broma…, pues todavía tenía menos gracia.

—Carson —insistió—, sé que estás dentro de la casa. ¡No sigas con esta estupidez, me estás poniendo nerviosa! Escucha, no quiero que nos enfademos… Déjame descansar esta noche, y mañana volveremos a hablar de eso… ¿De acuerdo? Carson: ¿de acuerdo?

Silencio.

Silencio total.

En lo más hondo de su ánimo, Maureen sentía miedo. Un miedo denso y creciente. Conocía bien a Carson Vrain, muy bien. Hacía tiempo que se habían relacionado, cuando ella fue contratada para trabajar para el doctor De Loire, y esa relación había adquirido, ciertamente, caracteres muy íntimos. Sí, conocía bien a Carson Vrain, y sabía que bajo su atractiva apariencia había un fondo de regocijada perversión. Quería asustarla, causarle pánico. Al menos, gozaría de ella de esa manera.

La furia le produjo a Maureen la sensación de que hinchaba su cabeza. Salió del dormitorio, llegó por el pasillo al saloncito, y encendió la luz de este.

No había nadie allí.

Maureen se disponía a mirar en otros sitios de la casa cuando, de pronto, vio las puntas de los zapatos en el suelo, al final de la cortina de una de las ventanas. El sobresalto fue tremendo, pero

consiguió controlarse de modo que ni siquiera un suspiro brotó de su boca.

Apretó de pronto los labios, y se dirigió hacia la chimenea, sin dejar de mirar las puntas de los zapatos masculinos.

Junto a la chimenea estaba el largo atizador de hierro, con mango de madera pulida. Maureen empuñó el atizador, y, descalza, sigilosamente, se acercó a la cortina, ante la cual se detuvo, alzando el atizador.

Por un momento, pensó en lo mucho que le habría gustado hacer lo que estaba pensando: lanzar el golpe, partirle la cabeza a Carson, y luego lamentarse y pedir disculpas diciendo que creía que era un ladrón, o algo así; tal vez un intruso maníaco sexual… ¡Cualquier cosa habría servido!

Pero herir a Carson Vrain, y no digamos matarlo, ocasionaría toda una serie de problemas al doctor De Loire, y Maureen no deseaba tantas complicaciones.

Así que suspiró y dijo:

—Bueno, sal de ahí, o no voy a poder contener mis ganas de partirte la cabeza. ¡Te digo que salgas de ahí!

La cortina se descorrió de golpe hacia un lado.

Capítulo V

Maureen Walsh vio de pronto a su visitante. Fue una visión brusca… y horrenda.

La luz del saloncito se reflejó en todo el rostro de Boris Michenko, de modo especial en su enorme ojo de cristal, que pareció lanzar destellos muertos. Con el brazo derecho en alto sosteniendo el atizador, Maureen dio un paso hacia atrás, mientras su rostro palidecía y se desencajaba, y sus ojos se desorbitaban. Sintió como un impacto en el vientre y en el pecho justo sobre el corazón; un impacto invisible, helado, brutal, penetrante, que terminó convertido en un gigantesco y feroz pellizco.

El atizador escapó de los dedos de Maureen, que se llevó ambas manos al pecho, crispándolas sobre el seno izquierdo. De su boca brotó un murmullo, como un suspiro ronco, como un aliento tremolante.

Y de pronto, la muchacha cayó en redondo al suelo, y quedó inmóvil, tendida de costado, con los ojos desorbitados.

Boris Michenko se apresuró a arrodillarse junto a ella, y colocó dos dedos en la carótida. Un gesto de perplejidad apareció en el siniestro rostro del profesor ruso. Retiró los dedos de la carótida, los deslizó por una sien de Maureen, y luego buscó el pulso en una muñeca, y finalmente, retirando del seno la engarfiada mano, buscó el latir del corazón.

Todo inútil.

Maureen Walsh estaba muerta.

Michenko se incorporó, despacio, y estuvo unos segundos mirando el todavía caliente cadáver de la ojeadora de víctimas para el doctor De Loire. Tardó muy poco en tomar una resolución. Agarró el atizador, lo llevó a su sitio, y regresó junto a la muchacha, a la que alzó en brazos con insospechada fuerza. La llevó al dormitorio, la dejó en una butaca, y abrió la cama. Depositó en ella

el cadáver, lo tapó normalmente, y contempló el cuadro: sí, podía parecer perfectamente que Maureen había muerto de un colapso cardíaco mientras dormía.

Son cosas que pueden pasar.

Lo que tenía que hacer ahora Boris Michenko era regresar a la mansión, como si nada hubiera sucedido, como si hubiera estado dando un simple paseo. Los de la mansión podrían sorprenderse cuanto quisieran, pero ¿acaso él no tenía derecho a pasear entre la niebla, si le gustaba?

Apagó lo luz del dormitorio, luego la del salón al pasar delante de este, y llegó ante la puerta. Había seguido tan sigilosamente a Vrain que había llegado a la parte de atrás de la casa sin que aquel se diera cuenta. Y por allá había entrado, y había oído parte de la conversación. Lo suficiente para comprender cuál había sido el cometido de Maureen Walsh en aquel asunto.

Estaba a punto de abrir la puerta delantera de la casa y salir cuando cambió de idea: saldría por donde había entrado. Así que, a oscuras, se encaminó hacia la cocina, fue hacia la puerta de esta que daba al jardincillo de atrás, la abrió, y salió. Había una niebla considerable, y el frío era intenso, tan húmedo que parecía un trapo mojado adhiriéndose al cuerpo. Mojado y helado.

Con unas cuantas zancadas que no tenían nada de grotescas ni evidenciaban la menor cojera, Boris Michenko llegó al primer grupo de arbustos, metiéndose rápidamente entre ellos. Ahora, para regresar a la casa, solo tenía que…

—De modo que entró en la casa —oyó tras él—. ¡Por eso lo perdí de vista!

Boris Michenko quedó como petrificado. Había reconocido en el acto la voz de Dupré, y el significado de su presencia allí no se le escapaba, ni mucho menos. Y además, estaban sus palabras: le había seguido a cierta distancia, le había perdido de vista cuando él entró en la casa…, y se había quedado por allí, esperando verlo aparecer en cualquier momento de donde fuese.

—No dispare —dijo Michenko—. Puedo explicárselo, Dupré.

—¿Explicar? ¡Ya lo creo que tendrá que explicárnoslo todo muy bien! ¡Me muero de curiosidad por saber qué es lo que han estado haciendo o hablando usted y Maureen! ¿Quizá la conocía de antes? ¿Qué están tramando los dos?

Michenko se había vuelto lentamente. Captó el error de Dupré, que creía que él y la pelirroja muerta tenían alguna clase de relación anterior, y siguió el juego.

—Bueno, en realidad no nos conocíamos mucho…

—¡Ah! ¿No mucho? Bueno: ¿*cuánto* se conocían? Mire, no se moleste en contestar. Volvamos a la mansión, y allá lo explicará todo al doctor Vrain.

—De acuerdo —asintió dócilmente Michenko.

Dio un paso como para salir de entre los arbustos, pero de pronto se volvió velozmente, y su mano izquierda efectuó un movimiento como de corte en diagonal, en busca del brazo derecho de Dupré, para apartarlo y desviar la pistola; al mismo tiempo, su mano derecha salió disparada hacia la garganta del canadiense, rígida, con las puntas de los dedos por delante y la palma hacia abajo.

Apenas se veía allí, los dos hombres eran como sombras hechas de extraños jirones de niebla; pero se veía lo suficiente para que Boris Michenko dirigiera bien sus dos golpes. Con el primero se llevó la relativa sorpresa de comprobar que Dupré no empuñaba arma alguna. Con el segundo, mató a Dupré. La punta de los dedos se hundieron en la garganta del canadiense como barras de acero, rompieron y desgarraron, paralizaron, perforaron…

Dupré emitió un ronco estertor, lanzó un chorro de sangre por la boca, y cayó hacia atrás mientras se arrugaba como si todo él fuese de trapo.

Y eso fue todo.

Y entre la niebla, el profesor Michenko reaccionó a los dos o tres segundos, para mirar su mano, atónito.

—No es posible —murmuró—. ¡No puede estar muerto!

Tardó muy poco en convencerse de su error, metido entre los arbustos y acuclillado junto a Dupré, que estaba muerto y bien muerto. Michenko pensó que quizá sí llevaba Dupré una pistola, y que esta había saltado de su mano debido al golpe y había caído sin hacer ruido.

Se puso a cuatro manos, y estuvo un minuto buscando en vano. Convencido finalmente de que Dupré no había estado armado, se irguió, salió de entre los arbustos, y emprendió el regreso hacia la mansión.

«Naturalmente, buscarán a Dupré —pensaba—, pero no lo encontrarán en muchos días, sobre todo mientras haya esta niebla… Además, cuando Vrain encuentre muerta a la muchacha, quizá relacione eso con la desaparición de Dupré, pero no conmigo».

Estaba a mitad de camino entre el chalé y la mansión cuando oyó las voces. Se apresuró a tenderse en el suelo, quedando así como un jirón más de niebla. A los pocos segundos distinguió las siluetas de varios hombres, le pareció que cuatro o cinco. Oyó la voz de Carson Vrain:

—Si me siguió a mí ha tenido que llegar cerca del chalé y quizá esté todavía por allí —decía Vrain—. Supongo que Dupré nos dirá adónde ha ido y qué ha estado haciendo Michenko…

La voz de Vrain se fue perdiendo entre la niebla hacia el chalé. Michenko se puso en pie, y emprendió la carrera hacia la mansión. Las cosas se habían puesto sencillamente mal. Si lo atrapaban podía darse por muerto, y eso, naturalmente, después de haber sido sometido a un interrogatorio que no podría soportar. Ni él ni nadie, claro está.

Llegó a la mansión jadeando contenidamente, y entró con naturalidad, sin prisas, cojeando, por si había alguien en el vestíbulo. No había nadie allí, ni en el salón… Se lanzó escaleras arriba, llegó al segundo piso, y entró en su dormitorio. Encaminó sus pasos hacia el armario, pero se detuvo en seco al ver la maleta sobre el sillón, y no en el armario, donde él la había dejado.

—Maldición —masculló.

Se acercó a la maleta, la abrió, y alzó el doble fondo. La radio y la pistola habían desaparecido. A cada instante, la situación se le iba apareciendo más y más negra. Estaba desarmado e incomunicado. Claro que podía utilizar el teléfono, pero esto sería lento, es decir, demasiado lento para la urgencia del momento. Mucha urgencia, porque si Vrain y los demás regresaban pronto a la mansión, él ya no podría salir de esta.

Boris Michenko se acercó a la cama, retiró la ropa de esta que cubría a «Nameless», y en cuestión de segundos le puso el blanco camisón. Se la cargó acto seguido en un hombro, salió del dormitorio, y bajó a la planta, pasando por delante de la sala donde yacían los últimos donantes, de cuyo grupo había formado parte ella. Si hubiera podido, Michenko se los habría llevado a todos,

pero ni podía, ni ellos estaban en condiciones de ir de un lado a otro. Tal vez «Nameless» sí, aunque solo le hubiese inyectado una dosis de AI, pero no los demás. ¡Al diablo los demás!

Llegó a la planta y fue directo hacia la puerta. La solución era por demás simple: mientras le buscaban, él iría al embarcadero, saltaría a la lancha, y escaparía, llevándosela a ella. A partir de ese momento, serían Vrain y los otros quienes tendrían muy complicadas las cosas.

Abrió la puerta, dio un paso hacia el exterior…, y vio de pronto, a unos cuarenta pasos, la silueta de un hombre, que se volvió rápidamente a la mansión cuando por la puerta de esta escapó la luz.

—¡Hey! —gritó Mernier—. ¡Está aquí, dentro de la…!

Michenko no oyó nada más, porque retrocedió cerrando la puerta con un pie, dio la vuelta, y corrió hacia el fondo de la planta baja. La sorpresa ante el rápido regreso de aquellos hombres cedió paso en seguida a la comprensión: Vrain había entrado en el chalé, había encontrado el cadáver de la pelirroja Maureen, y, al no encontrar a Dupré, había tomado rápidas medidas, distribuyendo a sus hombres más ampliamente. Con seguridad, habría enviado alguno al embarcadero… ¡y no sería extraño que hubiese alguno más en la parte de atrás de la mansión!

Jadeando, Michenko llegó ante las dos puertas que separaban la planta del enorme sótano dividido en dos. En aquel momento, oyó los gritos en la puerta de la mansión, tras él, y entendió algunas palabras:

—… ido Mayer por atrás, si sale lo…!

Boris Michenko empujó una de las puertas, entró, cerró tras él, y encendió la luz, lanzándose acto seguido escaleras abajo. Doblada sobre su hombro, «Nameless» rebotaba, ahora con los ojos muy abiertos, y una expresión de estupor en ellos. Su cabeza oscilaba fuertemente, sus largos cabellos rubios parecían una enorme y hermosa ala de mariposa.

Ya abajo, al pie del tramo de húmedos peldaños, Boris Michenko percibió aquel aliento húmedo y frío que llegaba convergiendo desde los diversos pasadizos.

Un minuto más tarde, ni siquiera sabía dónde se hallaba.

* * *

—¡Ha entrado en los sótanos! —aseguró Mernier—. ¡Os digo que ha bajado allá!

—Pues debe estar loco —masculló Mayer—. Es el peor camino que podía elegir para escapar.

—¿Estás seguro de que llevaba a la chica, a «Nameless»? —preguntó Lester.

—¡Claro que estoy seguro!

—Pues está loco —insistió Mayer—. Solo un loco se complicaría la vida de esa manera, cargando con otra persona mientras le persiguen.

—Por algo lo habrá hecho —encogió los hombros Mernier—. Me pregunto dónde demonios se habrá metido Dupré… ¡Ahí baja el doctor Vrain!

En efecto, acompañado de Howitz, Carson Vrain bajaba al vestíbulo, procedente del segundo piso. Su gesto no podía ser más sombrío, y los tres hombres comprendieron que había comprobado que «Nameless» no estaba en la habitación de Michenko.

—Se la ha llevado —gruñó Vrain.

—¿Por qué habrá hecho una cosa así? —No salía de su asombro Howitz.

—Debe haberse enamorado de ella —rio Lester—. Al fin y al cabo, anoche se la…

—Está bien —cortó secamente Vrain—. Vamos a cazar a ese idiota por ahí abajo. Iremos armados, naturalmente, porque tengo la certeza de que, de algún modo, él también lo está… Seguramente ha matado a Dupré. ¡Y me pregunto cómo mató a Maureen!

—Deberíamos buscar a Dupré…

—No. Tengo la certeza de que está muerto. En cuanto a Maureen, de momento está bien donde está. Bien, uno de nosotros se quedará aquí arriba, vigilando las dos puertas, por si Michenko consiguiese burlarnos a los demás en los sótanos, ya que solo seremos cuatro a buscarle, y… Un momento —Carson Vrain sonrió siniestramente de pronto—. ¡Se me acaba de ocurrir una idea excelente!

—¿Para hacerle salir?

—Para encontrarlo rápidamente —persistía la sonrisa de Vrain

—. No vamos a ser cuatro a buscarlo, vamos a ser muchos más… Mayer, tú quédate aquí arriba. Los demás, venid conmigo.

Vrain, Lester, Howitz y Mernier fueron al despacho del doctor De Loire, donde tras un tabique había un pequeño armero con pistolas y un par de rifles, que se repartieron entre los tres, reservando un rifle para Mayer, al que se lo entregaron poco después. Y ya abundantemente armados, Vrain y los otros tres descendieron a los sótanos. Oyeron cerrarse la puerta tras ellos, y Lester comentó:

—Desde luego por ahí arriba no saldrá: Mayer sabe perfectamente manejar un rifle.

—Vamos primero al Depósito de Donantes, a ver si allí hay alguna novedad —dijo Vrain.

No había novedad alguna en el Depósito de Donantes. Reuter acudió al encuentro de ellos, sorprendido de momento y alarmado en seguida. Se le facilitó una pistola, se le advirtió que tuviera mucho cuidado con Michenko si este aparecía por allí, y los cuatro se dirigieron acto seguido a la puerta reforzada que separaba los dos sótanos.

Poco después entraban en la Sección MaB, a cargo del doctor Bowman, que se detuvo en su último paseo del día y se quedó mirándolos expectante. Quedaban algunas mujeres y solo un hombre al parecer interesadísimos en la lectura de gruesos volúmenes en la Sala de Recreo. Al fondo, en los confortables lechos, el resto de los MaB se disponían ya a descansar.

—¡Arriba todos! —gritó Vrain—. ¡Vamos, todo el mundo en pie, pronto!

—¿Qué ocurre? —Se alarmó Bowman.

Vrain se lo explicó rápidamente, mientras los MaB comenzaban a abandonar los lechos recientemente ocupados. Sus movimientos eran dulces y lentos. Parecían muy tranquilos, serenos. Los que todavía no se habían acostado miraban a Vrain mientras este daba las explicaciones a Bowman, que por fin inquirió:

—¿Y qué tiene que ver todo eso con los MaB, Carson? Ya se disponían a descansar y…

—¡Descansarán más tarde, cuando hayan encontrado a Michenko! Creo que tienes aquí abajo algunas linternas, ¿no?

—Claro. Adquirimos media docena por si había alguna avería o

apagón en la casa.

—Y Reuter también tiene… Howitz, ve a buscar las linternas que tenga Reuter. ¡De prisa! Y ustedes —se dirigió a gritos a los MaB que se vestían despaciosamente—, ¡dense prisa también, vamos, vamos!

—Espera un momento, Carson —murmuró Bowman—: ¿qué han de hacer exactamente los MaB?

—¡Han de hacer de perros de rastreo! ¡Ya que son tan listos, y además son tantos, nos ayudarán a encontrar a Michenko por los pasadizos! ¡De ninguna manera podemos permitir que ese hombre escape!

—Bueno, bueno, lo entiendo, pero ese no es trabajo para los MaB, sé razonable.

—¿Qué quieres decir? —Se irritó Vrain.

—Tal como son ahora debido al MaB sus mentes no están en condiciones de aceptar una cosa como esta.

—¿De qué estás hablando?

Tanto Vrain como Lester y Mernier miraban expectantes a Bowman, que parecía inquieto, preocupado.

—Bien —murmuró—… Me he dado cuenta de que ellos están rechazando toda una serie de comportamientos y circunstancias que hasta ahora pudieron parecerles más o menos normales, o cuando menos corrientes. Su postura mental actual…

—¿Su postura mental actual? —exclamó Vrain—, ¡déjate de tonterías! ¡Los necesitamos para encontrar cuanto antes a Michenko, eso es todo!

—Parece mentira que hables así —refunfuñó Bowman—, sabes mejor que nadie que los efectos del MaB han sensibilizado la inteligencia potencial de los MaB. Antes estuve hablando con algunos de ellos, y me sentí… ridículo y pequeño. Yo creo…

—¿Estás bromeando?

—¡No estoy bromeando! —gritó de pronto Bowman—. ¡Queríamos seres de otro nivel mental y físico, y los estamos consiguiendo para que te enteres! Y esos seres no pueden participar en la búsqueda o cacería de un hombre.

—¿Por qué no?

—Porque los resultados son imprevisibles. Mira, todos ellos eran personas más bien corrientes, de coeficientes vulgares, cuando

fueron traídos aquí. Sin embargo, desde que les inyectamos el MaB se ha ido produciendo un cambio primero sutil y luego muy evidente para mí en el sentido de que han evolucionado de un modo… insospechado, asombroso, que…

—Vamos a ver —relucieron los ojos de Vrain—: ¿Estás tratando de decirme que, en efecto, ahora son mucho más inteligentes que antes?

—Por supuesto.

—Muy bien. Pues más a mi favor. Escucha, hay seguramente algunas salidas al exterior en esos pasadizos, y no pienso darle a Michenko la menor oportunidad de que encuentre una de ellas y escape. Él va cargado con «Nameless», no creo que tenga armas, ni tiene linterna, ni sabe dónde está ni en qué dirección ir… Está perdido por aquí abajo, y es posible que no encuentre nunca una salida. Pero no pienso correr el menor riesgo en ese sentido. ¿Está claro?

—Sí, pero…

—¡Ya basta, Bowman! Y ustedes, ¡vengan todos aquí a escuchar las instrucciones sobre lo que tienen que hacer! El profesor Michenko está en los pasadizos, y…

CAPÍTULO VI

En alguna parte de aquel laberinto húmedo y silencioso, Boris Michenko se había detenido, y, tras encender su encendedor y ver dónde estaba, había depositado cuidadosamente en el suelo a «Nameless», para descansar un poco.

Era evidente que Michenko había realizado un gran esfuerzo y era no menos evidente que habría sido suicida proseguir la fuga sintiendo aquel principio de agotamiento. Cuando se sentó junto a la muchacha respiraba hondamente, con fuertes resuellos. Cuando estos cesaron por fin, ya recuperado el aliento, Michenko volvió a accionar su encendedor, y lo alzó ante el rostro de «Nameless».

Ella tenía los ojos abiertos, y apenas parpadeó un par de veces ante la pequeña luz oscilante. La corriente de aire era fría y producía una agobiante sensación de lobreguez.

—¿Cómo va eso? —Sonrió Michenko crispadamente—. ¿Cree que podrá caminar? ¿Se siente con fuerzas?

«Nameless» quiso hablar, pero apenas movió los labios y de su boca brotó un leve aliento, eso fue todo. Entonces, movió la cabeza con gesto negativo, can clara dificultad, como si le pesara una tonelada.

—¿Pero se encuentra bien? —insistió Michenko.

La cabeza osciló ahora hacia delante. Michenko apagó la luz, pues el encendedor le quemaba los dedos.

El panorama no era ciertamente agradable. Si ella todavía no podía caminar, las dificultades superaban cualquier previsión. ¡Y aquellos malditos pronto bajarían a por ellos, sin duda! La única posibilidad de fuga consistía en encontrar una de las salidas. Porque era seguro que había una o varias salidas. De otro modo, ¿de dónde podía proceder la corriente de aire?

«Debí conseguir una dosis más de AI —se dijo Boris Michenko—, para inyectársela a ella, y entonces quizá se habría repuesto más

rápidamente».

¿Cuánto podía tardar «Nameless» en hallarse en condiciones para caminar por sí sola? Tal vez solo unas horas, tal vez un par de días. Cierto que él podía ir cargando con ella, pero toda resistencia tiene un límite. Además, estaba la oscuridad, y aquel frío húmedo que acabaría por helarles los huesos… ¿Cuánto tiempo podrían resistir allí dentro?

En cuanto a la posibilidad de recibir ayuda desde el exterior, era prácticamente nula. Él había avisado por la radio de que De Loire, efectivamente, no se hallaba en la mansión, y que no había que hacer nada hasta que regresara. Así que, convencidos de que todo iba bien para él, no harían nada, no intervendrían. Si Fernandel De Loire regresara pronto, y él no dijera nada, los del exterior quizá se preocuparían; pero mientras De Loire no regresara no harían nada, salvo esperar.

Es decir, que si De Loire tardaba todavía un par de días la cosa podía terminar muy mal…, a menos que encontrase pronto una de las salidas.

Accionó de nuevo el encendedor, iluminando el rostro de «Nameless»… y, junto a esta, dos enormes ratas de oscuro pelaje húmedo; la llamita se reflejó en sus pequeños ojos que parecían de cristal negro.

Boris Michenko lanzó una maldición, se puso en pie de un salto, y la emprendió a puntapiés con las ratas, que se alejaron rápidamente, en total silencio. Un silencio escalofriante, más siniestro que todo lo siniestro. Michenko apagó el encendedor, pues de nuevo este se puso demasiado caliente. Además, cuanto más tiempo lo mantuviera encendido antes se terminaría el gas, lógicamente. ¡Buena perspectiva!

«La culpa es mía —reflexionó Boris Michenko—: no debí hacer esto yo solo, no tenía por qué demostrar nada, pues lo he demostrado las suficientes veces. Claro que la posibilidad de engañar a De Loire era tan grande… Y además, mientras él no estaba pensé que podría sonsacar al otro, a Vrain…».

Se sentó de nuevo, tanteando un costado del cuerpo de «Nameless». Tomó una mano de la muchacha, y la apretó, pero ella no correspondió. No se asustaba en absoluto ante su siniestro rostro, pero no tenía fuerzas para corresponder a aquellas pequeñas

muestras de afecto. Sin embargo, ya debía estar percatándose bien de la situación en la que se hallaban ambos.

¡Si ella estuviera en sus condiciones normales…!

En alguna parte, lejos, sonó algo que a Michenko le pareció una voz humana, y que llegó como rebotando en paredes hechas de agua. La volvió a oír poco después, y esta vez entendió lo que decía:

—… chenko, Michenko, Michenko…!

Era la voz de Vrain. Le estaba llamando. Bueno, Vrain podía intentar todo cuanto quisiera, pero no iba a engañarlo. Cualquier oferta que le hiciera sería falsa y traidora. Después de lo ocurrido nunca le dejaría salir vivo de la mansión. Y si lo cazaban y lo mataban, y mataban también a ella, los dos serían pitanza para las ratas.

—… Michenko, ¿puede oírme? —Llegó de nuevo la voz de Carson Vrain.

Boris Michenko suspiró, se puso en pie, tanteó sobre el cuerpo de «Nameless» hacia las axilas, y tiró de ella hasta conseguir ponerla en pie y apoyarla de espaldas en la pared de tierra mojada del pasadizo. Se la cargó de nuevo en un hombro, y se alejó del lugar del que parecía llegar la voz de Carson Vrain.

Pero equivocó por completo el camino, porque al poco vio un destello de luz delante de él, y, sobresaltándole, la voz de Carson Vrain sonó mucho más cerca:

—¡Michenko, sea razonable! ¡Queremos hablar con usted, y arreglar este asunto que no entendemos! Le vamos a encontrar de todas maneras, pero si no le encontrásemos todavía sería peor para ustedes dos, pues finalmente serian devorados por las ratas… ¿Me está oyendo, Michenko?

Boris Michenko permaneció inmóvil, con el cuerpo de la bella rubia sobre su hombro. La luz desapareció, todo volvió a quedar en total oscuridad. Gomo paralizado, Michenko pensó en la de cosas que debían haber ocurrido tiempo atrás en aquel pasadizo que parecía un hilo sin fin retorciéndose sobre sí mismo. ¡Vaya un capricho, construir semejante dédalo!

De nuevo le llegó la voz de Vrain, un poco más alejada:

—¡Michenko, los MaB nos están ayudando a buscarles, y los van a encontrar muy pronto! Escuche esta buena noticia: el MaB está funcionando, y los sujetos a él sometidos han desarrollado una

inteligencia superior, deben tener dotes especiales de premonición, y sin duda captarán telepáticamente sus pensamientos, y podrán localizarlo… ¡No nos haga perder el tiempo! ¡No nos irrite más, Michenko, maldita sea!

Boris Michenko se desplazó lentamente, tanteando con la mano izquierda, hasta encontrar la entrada a otro pasadizo, por el que se deslizó siempre silenciosamente.

Perdió en seguida todo contacto con luces y sonidos. De nuevo la impenetrable oscuridad, el lóbrego silencio, que parecía hecho de cortinas de agua… No. Era como si por todas partes hubiera tendidas grandes sábanas empapadas que absorbían todo sonido y emitían aquella gélida temperatura. Michenko tenía la sensación de que de un momento a otro se iba a dar de cara contra una de esas sábanas.

De pronto, tropezó con algo, perdió el equilibrio, y, para evitar caer de bruces y soltar a «Nameless», que podría haber resultado seriamente lesionada, se dejó caer de rodillas. Ahogó una exclamación de dolor cuando algo duro se clavó en una de ellas, «Nameless» se deslizó hacia el borde de su hombro, y cayó junto a él, removiendo algo, haciendo resonar varios objetos.

Boris Michenko se sentó, haciendo también crujir varios de aquellos objetos. Parecía como si se hubiera sentado sobre un montón de ramas… O tal vez de botellas. De algo así.

De nuevo recurrió al encendedor.

La pequeña llama iluminó aquellos objetos, que tenían una tonalidad amarillenta. Michenko se dio cuenta del hedor que había allí al mismo tiempo que identificaba uno de aquellos «objetos».

Era un hueso.

Un hueso mondo y lirondo de… ¿de una pierna humana?

Su ojo sano se desorbitó al ver muchos más huesos ante él. Todo estaba lleno de restos de esqueletos mondos y lirondos.

—¡Dios! —jadeó.

Comprendió de pronto dónde se hallaba: en el lugar al cual eran conducidos los cadáveres de los donantes que fallecían durante el tratamiento. En otras palabras, estaba en el comedor de las ratas.

Miró de pronto a «Nameless», sobresaltado. Ella estaba sentada, y miraba sosegadamente el montón de esqueletos desarticulados, mezclados. Quizá no se daba cuenta de nada, quizá no comprendía

nada de nada. Pero sí, sí debía comprender, puesto que antes había negado y asentido a sus preguntas…

¿Y las ratas?

¿Dónde estaban las ratas, por qué no estaban allí, en su comedor? La respuesta era sencilla: no estaban allí porque ya no quedaba nada que roer en aquellos huesos humanos, así que habían salido de expedición en busca de comida a otro sitio. El súbito pensamiento le hizo respingar: ¡si estaban buscando alimento no debían estar muy lejos de él y de «Nameless»! Debían estar siguiéndolos…

Aterrado, se imaginó centenares de ratas caminando silenciosamente tras él por los pasadizos, esperando el momento en que desfalleciera. En cuanto esto ocurriese, si llegaba el momento en que perdiese las fuerzas, las ratas saltarían sobre los dos, y los devorarían en cuestión de minutos.

¿Cuántas debía haber? ¿Cien, mil, diez mil, un millón…? Posiblemente debían llegar muchas desde el río. ¡Debía haber allí dentro millones de ratas! Seguramente, durante años y años aquellos pasadizos habían sido su madriguera, su escondite. Se debían haber estado reproduciendo continuamente, en cantidades espantosas.

Otra vez tuvo que apagar el encendedor. Permaneció inmóvil, como «Nameless», que parecía una muñeca de porcelana tibia. Comenzó a oír ruiditos alrededor, apenas nada. Como el roce de pequeños alfileres en alguna parte.

Encendió de nuevo el encendedor, y lanzó una exclamación al ver no menos de un centenar de ratas a su derecha, acercándose. Agarró un hueso con la mano izquierda, y lo lanzó contra las primeras, que chillaron agudamente y retrocedieron. Tiró otro hueso, y otro, y otro…, mientras las ratas desaparecían hacia el pasadizo que había quedado tras él.

Y otra vez tuvo que apagar el encendedor.

Casi en seguida oyó los chapoteos que identificó como pasos, y, antes de que pudiera ponerse en pie dispuesto a cargar con «Nameless», apareció el resplandor de una linterna. Michenko comenzó a ponerse en pie, resbalando sobre los huesos apilados, cayendo un par de veces. Era como estar sobre patines sin control.

El haz de luz de la linterna cayó de pronto sobre él y

«Nameless».

Mala suerte.

Se quedó inmóvil, deslumbrado por la intensa luz, que, a los pocos segundos, se desplazó y fue pasando sobre el montón de huesos humanos. Michenko no veía quién sostenía la linterna, pues quedaba la sombra absoluta tras aquella. Pero, fuese quien fuese, le tenía sorprendido, desconcertado.

¿Por qué no disparaba, o gritaba llamando a los demás, o revelaba su presencia y la de «Nameless» de algún modo?

De pronto, se estremeció al oír el sollozo, que provenía de la persona que sostenía la linterna.

Fue un sollozo profundo y vibrante, rebosante de sentimiento, de pena, de una congoja infinita. El desconcierto de Boris Michenko era total. Vislumbraba ahora un resplandor blanco tras la linterna, y entonces sí comprendió: era un MaB quien estaba allí; un hombre o una mujer, pero un MaB. Debía ser una mujer… Solo una mujer podía estar *llorando* de aquel modo tan intenso y sentido, tan auténticamente triste.

«No puedo entender qué le ocurre —pensó Michenko—, pero no parece tener intenciones agresivas, eso es seguro».

Volvió a ponerse en pie, y se dispuso a ayudar a «Nameless» a incorporarse lo suficiente para poder cargársela de nuevo en un hombro. La MaB seguía llorando con una congoja desgarradora, no se movía.

«Voy a salir de aquí volando», pensó Michenko.

Oyó el respingo de la MaB, la linterna cayó al suelo, y la difusa forma blanca que había estado sosteniéndola se desplomó hacia atrás. Su cuerpo resonó blandamente en el suelo. Michenko, medio inclinado hacia «Nameless», pudo ver ahora mejor a la MaB. La luz de la linterna se deslizaba por el suelo, ya no le cegaba.

¿Qué le había ocurrido a la MaB?

Tras un breve titubeo, Michenko optó por acercarse. Se hizo con la linterna, se acuclilló junto a la muchacha MaB, e iluminó su rostro. La MaB tenía los ojos abiertos, pero no parpadeó al recibir de lleno en ellos la luz. Michenko le puso una mano sobre el seno izquierdo, turgente, elástico, tibio. El corazón latía casi normalmente; quizá un poco bajo de pulsaciones, pero eso era todo.

Michenko paseó la luz alrededor de la MaB, pero no vio arma

alguna. Volvió a mirar aquel rostro agradable, ahora crispado, con los ojos tan abiertos, casi desorbitados; había en la boca de la MaB como una mueca de sobresalto.

«Parece que haya tenido un tremendo *shock*…».

No sabía qué hacer. Desde luego, si la MaB hubiera tenido intención de dañarlos o delatarlos había tenido tiempo más que suficiente para gritar. Y no había hecho nada. Solo llorar, y sufrir un *shock* mientras él pensaba que tenía que salir volando de allí…

Salir volando de allí.

Los pensamientos que comenzaron a gestarse en la mente de Michenko le parecieron sencillamente absurdos, empezando por la lógica de que la MaB no podía haber captado los suyos anteriores, naturalmente.

De nuevo comenzó a oír voces. Se puso en pie rápidamente y regresó junto a «Nameless», a la que se cargó en un hombro tras deslizaría fuera del montón de huesos. Utilizando la linterna localizó pronto otro pasadizo, por el que se introdujo. Las voces sonaban ya muy cerca de su espalda.

Apagó la luz y continuó la fuga…, hasta que frente a él aparecieron las luces de dos linternas. Es decir, que tenía perseguidores delante y detrás. Hacia detrás sabía lo que le esperaba, sin salida alguna, así que continuó hacia delante.

Encontró un pasadizo a la izquierda, y se metió por él rápidamente. Una docena de pasos más allá se detuvo en seco al chocar con la húmeda pared. Se estremeció. ¡Ahora sí que lo habían cazado, estaba en un pasadizo cortado!

Se volvió, y vio en la entrada el resplandor de las luces acercándose. Aparecieron de pronto. Las linternas fueron apuntadas hacia el fondo del pasadizo, donde Boris Michenko quedó atrapado, deslumbrado, sin escapatoria posible.

—Dos por tres igual a mil quinientos diecisiete —dijo en voz alta Boris Michenko.

Oyó los dos fortísimos respingos, las luces de las linternas parecieron volverse locas iluminando a todos lados, y quedaron inmóviles cuando las linternas llegaron al suelo. En el extremo del pasadizo cortado, se oyó el impacto de los dos cuerpos al caer al suelo.

Michenko se acercó rápidamente, y, al resplandor de las dos

linternas, vio a los MaB tendidos en el suelo. Eran un nombre y una mujer, y ambos tenían los ojos muy abiertos, casi desorbitados, y el rostro crispado. También habían caído víctimas del *shock*.

«Esto sí que es chocante —pensó Michenko—. Seguramente, estoy equivocado, no puede ser eso».

Otra vez más voces. Apareció frente a él otra linterna, pero ahora Michenko no se detuvo, sino que continuó acercándose pensando:

«Será mejor que sea lo que me ha parecido, MaB, porque de lo contrario soy capaz de matarte, de modo que…».

Frente a él estallaron en el acto los sollozos, y Boris Michenko sí se detuvo en seco entonces. Vislumbraba la blanca silueta de una MaB tras la linterna, que ahora se movía indecisa. El llanto de la MaB era tristísimo, le produjo una honda inexplicable pena a Michenko, que, reaccionando, continuó hacia delante. Pasó junto a la MaB, que tenía los ojos arrasados en lágrimas, y sollozaba con un desconsuelo terrible, como una niña que acabase de tener un gran disgusto.

Prescindiendo de la llorosa muchacha, Michenko continuo su marcha, dejándola pronto atrás, llorando con enorme desconsuelo.

Un poco más adelante apareció otra muchacha MaB, que se detuvo al captar con su luz la silueta de Boris Michenko Este ni siquiera se detuvo la menor vacilación. Sin dejar de caminar, pensó:

«El sol es una bombilla hecha con chicle que inventó el rey de Alaska».

La muchacha MaB soltó un alarido, dejó caer la linterna, y Michenko todavía pudo verla llevándose las manos a la cabeza mientras caía de espaldas. Pasó por su lado sin molestarse en mirarla siquiera.

—Chocante —farfulló—. ¡Vaya si es chocante!

Capítulo VII

—¡Pero qué demonios está pasando! —aulló Carson Vrain—. ¡No lo entiendo! ¡Bowman! ¡Que venga Bowman inmediatamente!

Sus palabras resonaron por los pasadizos como golpes dados a un tambor de parche reblandecido. Por todas partes se veían luces de linternas y las blancas figuras de los MaB. En el suelo, ante sus pies, Vrain tenía otras dos MaB, con los ojos abiertos, el rostro desencajado, inmóviles. Y ni mucho menos eran las únicas que habían encontrado.

Junto a él, Lester no salía de su estupefacción.

—¿Cómo debe hacerlo? No tiene señales de heridas, ni de golpes… ¡nada! ¡Ese hombre es un demonio!

—¡BOWMAN! —aulló Vrain—. ¡BOWMAN…!

Howitz y Mernier llegaron corriendo, chapoteando. Howitz llevaba sobre la cabeza los restos de una enorme telaraña, que se iba quitando a manotazos, lanzando maldiciones sin cesar. Ambos se detuvieron jadeantes junto a Vrain y Lester.

—¡Aquí hay más! —exclamó Mernier—, ¡fíjate, Howitz, están como las otras, como si hubieran tenido un colapso o algo así! ¿Qué está pasando, doctor Vrain?

—¡No lo sé! ¡Nosotros también hemos encontrado varios MaB en este mismo estado!

—Ese Michenko es un diablo —farfulló Lester—, ¡con qué placer le voy a retorcer el cuello cuando lo encuentre…! ¿Qué es lo que pasa ahora?

A su fortísimo sobresalto se unió el de Vrain, y en seguida los de Howitz y Mernier, pues las MaB que tenían cerca comenzaron a sollozar y a gemir estruendosamente.

—¡Cállense! —vociferó Vrain, lívido de ira—. ¡Cállense, o a quienes les vamos a retorcer el cuello será a ustedes!

El coro de llantos, lamentos y gemidos aumentó, pareció

convertirse en un estruendo sin fin. Vrain y los otros sintieron cómo sus cabellos se ponían de punta. Estaban rodeados de MaB que lloraban copiosamente, como si todos ellos estuviesen hechos solo de lágrimas que desbordaban sus ojos como pequeñas cataratas. Algunos MaB echaron a correr despavoridos.

—¡Vuelvan aquí! —gritó Mernier, alzando su pistola—. ¡Les digo que vuelvan, o les voy a…!

—¡No! —Tronó la voz del doctor Bowman—. ¡Mernier, no dispare, no haga eso!

Bowman llegó jadeante, y se dejó caer de rodillas ante las dos MaB tendidas en el suelo, examinándolas rápidamente. Se pasó la manga de la bata por la frente, y jadeó:

—Está bien… Solo se hallan desvanecidas.

—Pero… ¿qué les ha ocurrido? —preguntó Vrain, furioso.

—¿Cómo las ha atacado Michenko? —quiso saber Lester.

—No tengo la menor idea. Pero de una cosa sí estoy seguro: tenemos que sacar de aquí a los MaB, Vrain.

—¡No vamos a hacer semejante cosa! ¡Los necesitamos!

—No nos van a servir de nada —negó Bowman—. Michenko es quien tiene todas las de ganar. Él sabe lo que tiene que hacer, y todo lo que conseguiremos será que se vaya desembarazando de todos como ha hecho con estas dos muchachas y otras que he encontrado por ahí.

—Pero ¿cómo lo hace? —gritó Vrain—. ¿Cómo?

—¡Te digo que no lo sé! ¡Pero tenemos que sacar de este maldito lugar a todas esas chicas!

—¡Y yo te digo que o nos ayudan a encontrar a Michenko o todas van a servir de alimento a las ratas!

Las pocas MaB que quedaban cerca de ellos arreciaron en sus llantos, y echaron a correr como enloquecidas. Mernier alzó de nuevo la pistola, y disparó, ahogando el ¡no!, que profirió Bowman.

El disparo retumbó blandamente en los pasadizos. La bala alcanzó a la MaB en la espalda, y la tiró de bruces. En el acto, el resto de MaB dejaron de sollozar, y, en menos de un segundo, todas desaparecieron por los pasadizos.

Silencio.

Silencio súbito.

Mernier estaba todavía con el brazo extendido cuando el doctor

Bowman, regresando la mirada hacia él, pareció a punto de agredirlo. Pero, desistiendo de ello, Bowman miró a la MaB alcanzada por la bala, y se acercó a ella. Se arrodilló a su lado, le dio la vuelta, y miró su rostro.

Casi se atragantó con el respingo. Vrain y los otros se acercaron presurosamente, uno de ellos iluminando de lleno el rostro de la MaB.

—¡Por todos los…! —Jadeó Mernier—. ¿Qué es eso?

Bowman ni siquiera lo miró. Vrain, que parecía atónito, se arrodilló al otro lado de la muchacha muerta, y se quedó mirando el rostro agraciado y juvenil. Había en él ahora una dulce sonrisa, y la expresión no podía ser más radiante. Parecía como si el rostro tuviera luz propia, y había en los ojos una expresión de gozo inaudito.

—Parece… que esté contenta —tartamudeó Howitz.

—No seas idiota —graznó Lester—. ¡Cómo ha de estar *contenta*, si está *muerta*!

—Quizá no esté muerta —susurró Vrain.

Puso la mano derecha sobre la frente de la muchacha.

Y en un instante, esta desapareció.

Pero con un proceso velocísimo que dejó helados de espanto a los cinco hombres: primero, todo el cabello de la muchacha se desprendió, y se convirtió en polvo; casi simultáneamente, bajo la mano de Vrain, la frente y todo el rostro de la MaB, pareció convertirse en una pasta que se derretía, para quedar en el acto convertida también en polvo sobre el esqueleto; un instante más tarde, el esqueleto se deshizo y se desplomo, dejando un dibujo perfecto en el suelo, rodeado del polvo seco que había sido la carne.

Carson Vrain, que había retirado la mano vivamente, estaba ahora inmóvil, lívido. Bowman estaba con la boca abierta. Los otros tres parecían estatuas de yeso.

El silencio era siniestro.

Lentamente, Vrain se incorporó, y se pasó la mano por la cara. Respingó, y se miró la mano, la misma con la que había tocado a la MaB. Palideció intensamente, pero nada ocurrió. Bowman se incorporó también. Howitz tragó saliva, y murmuró, con voz temblorosa:

—Nunca… había visto… nada igual…

Vrain y Bowman se estaban mirando uno al otro como fascinados. En aquel momento ninguno de los dos recordaba en absoluto a Boris Michenko.

—Parece un proceso vital acelerado —susurró Vrain.

—Sí —admitió un tanto indeciso Bowman—, pero también puede tratarse de cualquier otra cosa. Deberíamos investigar eso a fondo.

—Pero no podríamos hacerlo practicando autopsias… Tengo la certeza de que, apenas muertos, todos y cada uno de los MaB seguirían el mismo proceso que este —señaló lo que quedaba en el suelo—, así que solo nos queda un recurso: la vivisección.

Hablaban como si estuvieran solos en el mundo, les brillaban los ojos… Mernier y los otros, cuyos conocimientos científicos eran prácticamente nulos, miraban de uno a otro como si los considerasen iluminados.

—Podría dar resultado —admitió jubilosamente Bowman—. ¡Pero necesitamos a los MaB, y estos se han escondido en estos asquerosos pasadizos!

—Los encontraremos. Aunque solo sea a algunos de ellos. Necesitamos por lo menos dos o tres. Bien, vosotros os vais a encargar de eso —miró Vrain a sus hombres—: buscad a los MaB, y en cuanto cacéis a dos o tres llevádnoslos al laboratorio-quirófano del primer piso.

—Pero… ¿y Michenko? —masculló Lester.

—¡Al demonio con ese espía ruso, o lo que sea! Nunca podrá salir de aquí abajo, de manera que, de momento, lo dejaremos que se «divierta» con las ratas…, que acabarán dando cuenta de él y de «Nameless». Haced lo que os he dicho. ¡Vamos, de prisa! Vamos arriba, Bowman: tenemos que avisar a Reuter, al que necesitamos ahora más que nunca por sus conocimientos forenses. ¡Vamos a prepararlo todo mientras esperamos que nos traigan un par de MaB!

Dejando a sus hombres encargados de la busca y captura de los MaB, Vrain y Bowman emprendieron el regreso hacia la parte de los sótanos que estaba habilitada como sección MaB y Depósito de Donantes. Aquí encontraron a Reuter, que tras escucharlos atónito y lanzar algunas exclamaciones opinó que la idea de la vivisección era espléndida… mientras el MaB sometido a ella se mantuviese con vida, porque, naturalmente, si el proceso era igual en todos los MaB

después de muertos, los sujetos sometidos a la vivisección se convertirían en polvo en cuanto sus organismos murieran.

—¿Y qué? —dijo Vrain, apretando los labios fríamente—. Disponemos de muchos MaB, ¿no es cierto? Y de donantes que podemos ir convirtiendo en MaB a medida que vayamos necesitando más sujetos de estos. ¡Maldita sea, Fernandel debería estar aquí!

—¿Y qué pasa con las personas que esperan que Michenko les vaya pasando información por medio de esa pequeña radio? No creo que estén muy lejos de aquí, y si el silencio de Michenko les alarma quizá vengan a complicarnos la vida.

—Olvida todo eso —sonrió siniestramente Vrain—, todo lo más que podrán hacernos será capturarnos. Y sean quienes sean nos conducirán finalmente ante alguien que, cuando escuche lo que tenemos en marcha, se apresurará a protegernos y financiarnos. ¿No lo comprendes? ¡Tenemos ahora un gran poder definitivo!

—¿Cuál poder?

—¿Por qué crees que la MaB se convirtió en polvo?

—Bueno —gruñó Reuter, eso es lo que esperamos saber por medio de la vivisección, ¿no?

—Sí, pero puedo adelantarte una teoría al respecto: lo ocurrido con esa MaB significa ni más ni menos que el MaB de Fernandel provoca una aceleración evolutiva en un grado que es sin duda increíble… Y naturalmente, esa evolución afecta al cerebro también. Lo que significa exactamente que nuestro admirado doctor De Loire ha conseguido lo que se proponía: un cerebro de una evolución y una inteligencia increíbles. Seres *superhumanos*, Reuter.

—Pero si tan inteligentes son ahora los MaB. ¿Por qué tienen miedo? ¿Por qué lloran, según me habéis contado? Si realmente son tan superiores intelectualmente a nosotros tienen que haber llegado a la conclusión de que pueden dominarnos con su inteligencia, ¿no? Y entonces, ¿por qué nos temen, por qué lloran?

Bowman y Vrain cambiaron una mirada. El último frunció el ceño.

—Vamos a prepararlo todo —murmuró—, y cuando Lester y los otros nos traigan un par de ellos se lo preguntaremos… ¡Y no perdamos más tiempo!

Cuando los tres excitados científicos llegaron arriba, Mayer

estaba ante las dos puertas, rifle en mano.

—¿Lo han encontrado? —exclamó.

—¿A Michenko? No, ya se encargarán las ratas de él. De todos modos sigue aquí, por si se atreviese a salir. Nosotros estaremos en el laboratorio-quirófano del primer piso. Si llamase el doctor De Loire…

—¡Ya ha llamado! —Ledoux contestó desde la cocina—, y como no conseguía localizarlo a usted en ninguna extensión vino a ver qué hacía. Le dije que no podía abandonar este puesto, pero que le avisaría a usted en cuanto le viera.

—Bien… ¿Qué ha dicho el doctor De Loire?

—Simplemente, quería hablar con usted.

—Sí, como siempre —musitó Vrain—. Ve a decirle a Ledoux que siga atendiendo al teléfono, y que si vuelve a llamar el doctor De Loire le diga de mi parte que regrese *inmediatamente*. Luego vuelve aquí a vigilar. Y no te apartes de estas puertas hasta nueva orden… ¡Ese maldito Michenko no debe escapar!

* * *

Boris Michenko estaba viviendo en aquellos momentos una experiencia que jamás olvidaría.

En un ensanchamiento de los pasadizos había quedado acorralado por la totalidad de MaB. Todos, absolutamente todos estaban allí, frente a él, pues los que se habían desvanecido estaban ya recuperados, y se habían unido a los demás.

Michenko estaba de pie, apoyado en una pared. Sentada en el suelo junto a él, «Nameless» miraba con extraña sonrisita desvaída a los MaB, iluminada de lleno por algunas de las linternas de estos, igual que Michenko.

—Nueve por dos, seiscientos quince —decía Michenko—. El hierro está compuesto por agua y azúcar… Los tomates son grandes melones con aspecto de calabaza…

—No se esfuerce usted más —rio de pronto una de las chicas MaB—: ya hemos comprendido su truco, y hemos decidido que no nos afecte, así que no va a conseguir provocarnos… cortocircuitos mentales con sus disparates. Ya no.

—Les mataré si se acercan —dijo fríamente Michenko.

—Tampoco sus amenazas nos impresionan, porque sabemos que no las va a cumplir, salvo que se vea en la necesidad absoluta de hacerlo. Y nosotros no vamos a colocarlo en esa necesidad, no tenemos la menor intención de hacerle daño. Ni a usted ni a nadie. De modo que no se esfuerce en provocarnos *shocks* con frases o pensamientos ilógicos o amenazadores, como ha hecho hasta ahora. Le vamos a ayudar a usted, profesor Michenko, porque si bien se halla en un nivel físico y mental muy inferior a nosotros, no hay en su ánimo ni en su mente maldad gratuita.

—¿Cómo piensan ayudarme? —farfulló Michenko.

—Usted piensa o desea salir de aquí. Pues bien, nosotros vamos a proyectar nuestras ondas mentales en busca de una salida que no sea peligrosa, y nos escaparemos todos.

—¿Pueden hacer eso?

—Podemos hacer eso y muchísimas cosas más… extraordinarias para usted, pero normales para nosotros. Está usted hablando con seres humanos cuyas facultades mentales y físicas corresponden a las que tendrán los seres humanos dentro de mil quinientos años. Hemos sido… proyectados a ese espacio del tiempo mental y físicamente debido al Magma Blood del doctor De Loire. Es decir, que si morimos, nuestra materia quedará como si hubieran transcurrido mil quinientos años desde nuestra muerte. Pero si vivimos, todas las ventajas están de nuestra parte.

—¿Quiere decir eso que dentro de mil quinientos años la raza humana será superior en todo a la actual?

—Muy superior…, pero eso no sucederá hasta haber experimentado una… purificación mental y física tras una serie de contiendas de toda clase que reducirá el número de habitantes en la Tierra a menos de trescientos millones de personas.

—¡Dios!

—Así será dentro de mil quinientos años, pero entonces se vivirá en paz y armonía. Así es como sentimos ahora nosotros nuestros cuerpos y nuestras mentes…, y es por eso que en estos momentos nosotros estamos en un nivel humano muy superior al del resto de la Humanidad actual, por desdicha para nosotros.

—¿Por desdicha? —exclamó Michenko—. ¡Pero si eso es fantástico, fabuloso, magnífico…!

—No. Se equivoca usted: es triste y fatídico para nosotros,

porque no podemos convivir con los actuales seres humanos, rebosantes de taras de toda clase, empezando por la maldad. La maldad fruto del bajo nivel de inteligencia nos daña espantosamente. La sentimos a nuestro alrededor, incluso en usted y en ella, en «Nameless», que no se llama así, ciertamente. Pero de toda cuanta vida humana nos rodea son usted y ella las que emanan menos maldad. Así pues, les vamos a ayudar… y usted nos ayudará a nosotros, posteriormente.

—¿Yo a ustedes? ¿Cómo podría ayudarles?

—Necesitaremos un sitio donde vivir. Un sitio para nosotros solos, profesor Michenko, porque no podríamos soportar la convivencia con ustedes. Sería… como si a ustedes los obligasen a vivir con manos malvadas y ruines. ¿Lo entiende?

—Sí… Creo que sí… Sí, lo entiendo.

—¿Nos ayudará?

—Haré lo que pueda en ese sentido, pero sepan que yo no soy alguien tan importante que pueda, complacerlos a su entera satisfacción.

—Bastará con que nos ayude, o al menos, con que lo intente. Y ahora, síganos, porque le orientaremos hacia… ¡Se están acercando!

—¿Quiénes? —exclamó Michenko.

—¡Ellos! ¡Los malvados que matan! Los seres inferiores provistos de armas… ¡De prisa!

Boris Michenko procedió una vez más a cargarse en un hombro a «Nameless». Se sentía fatigado, pero no podía hacer otra cosa más que seguir huyendo, y eso hizo, enfilando el primer pasadizo que apareció ante él.

Apenas lo había hecho cuando comenzó a oír los gritos de los hombres de la mansión, y los gemidos de algunos MaB. Acto seguido sonaron los estampidos de varios disparos, y gritos de dolor y de tristeza. Oyó tras él las pisadas de un par de MaB, pero pronto rodaron por el suelo, una de ellas tocando uno de sus pies, lo que casi le hizo perder completamente el equilibrio. Con un tremendo esfuerzo pudo continuar corriendo, siempre cargado con «Nameless». Con la mano izquierda manipuló una de las linternas de que se había apoderado, y lanzó un instante la luz hacia delante, para ver por dónde corría.

La apagó, corrió unos metros más, y volvió a encenderla

desviándose a la izquierda un poco más allá. Iluminó aquel pasadizo un instante, volvió a apagar la linterna, y la encendió de nuevo poco después, siempre sin dejar de correr…

Cuando finalmente se detuvo, resollando fuertemente, le parecía que sus piernas iban a doblarse de un momento a otro. Se dejó caer al suelo, y estuvo un tiempo recuperando el aliento. Tras conseguirlo, se dio cuenta de que de nuevo estaba solo, rodeado de silencio, de humedad fría…, y de ratas.

Y no tenía la menor idea de dónde se hallaba.

Capítulo VIII

El doctor Fernandel De Loire llegó a la mansión poco antes del amanecer, tenso y fatigado, pero se dirigió inmediatamente al laboratorio-quirófano, donde, ajenos al agotamiento de una noche de investigación, Vrain, Bowman y Reuter estaban trabajando. En tres camillas había otros tantos MaB, completamente desnudos, anestesiados y… mostrando sus entrañas y sus cerebros, al descubierto tras la trepanación. A un lado de cada camilla se veía un montoncito de polvo, únicos restos de los MaB que habían ido sucumbiendo a la vivisección.

—¿Cuántos quedan? —exclamó De Loire tras escuchar las explicaciones en las que se iban turnando sus tres colaboradores.

—Una docena —dijo Vrain—, están en el dormitorio de al lado, encerrados. Supongo que ha visto a Lester vigilando la puerta.

—Sí, sí… ¿Cómo van estos tres de ahora? ¿Qué habéis averiguado, en definitiva?

—No hemos averiguado nada…, pero ellos nos lo han dicho. Estamos estudiando directamente sus transformaciones cerebrales, pero todo parece normal. Y sin embargo, están mil quinientos años por delante de nosotros.

—¿Qué? —Respingó De Loire.

Mientras escuchaba las nuevas explicaciones que los tres científicos habían recibido de los MaB supervivientes a la última redada efectuada por Lester y los otros en los sótanos, Fernandel De Loire iba mirando uno a uno los tres MaB colocados en las camillas bajo la intensa luz de los grandes focos. Lo único extraño que observó fue la coloración un tanto azulada de la sangre de los MaB.

Estaba aturdido, como flotando en la incredulidad de su propio descubrimiento, de los efectos que se podían conseguir en la raza humana con el MaB fabricado tomando como base la sangre

humana.

Cuando la explicación terminó, Fernandel De Loire quedó ensimismado, observado por sus tres auxiliares con expectación.

Fernandel De Loire debía tener unos sesenta años, era bajito y grueso, calvo pero con barba, y llevaba unos lentes que delataban su avanzadísima miopía. Vestía con descuido, pero ropas de calidad.

Lo primero que dijo tras su ensimismamiento fue:

—¿Habéis gastado todo el MaB que teníamos fabricado?

—No. Todavía queda un poco. Su llegada ha sido muy oportuna, porque nosotros no sabemos prepararlo. Deberíamos…

—Un momento. Según entiendo, ese Michenko sigue abajo, y lo más probable es que la mansión esté controlada, ¿no es así?

—Desde luego. Pero no hay cuidado al respecto —sonrió Vrain—, los rusos estarán encantados de financiarnos, Fernandel; no debemos temer nada de ellos. Nos ofrecerán su financiación, y nos llevarán a Rusia, donde dispondremos de todo, por fin.

De Loire quedó de nuevo pensativo. Sí, cierto, los rusos harían eso, pero a cambio de convertirse en amos de ellos, del MaB y de todo cuanto este significaba para la Ciencia. En cuanto estuviesen en Rusia, ellos tres no serían nada más que «obreros» al servicio de la ciencia soviética. Obreros innominados, controlados, encerrados para siempre en su jaula científica en Moscú o en cualquier otra ciudad rusa…

—Esperadme todos en mi despacho —murmuró de pronto Fernandel Del Loire—. Y digo *todos*. También el cocinero, las enfermeras, todos. ¡Quiero que todos estéis allí dentro de cinco minutos!

—Pero tenemos tres MaB abiertos para…

—¡Haced lo que os digo!

Los tres investigadores cambiaron una mirada de resignación, y se dirigieron hacia la puerta. Salieron del quirófano, y atrajeron con una seña a Lester, al que ordenaron que fuese en busca de los demás y los enviase al despacho de Del Loire. Se fueron avisando unos a otros, e incluso Mayer abandonó su puesto ante las dos puertas que cerraban los sótanos, de los que salieron Celia y Natalie. Joanna y Anne abandonaron el dormitorio del primer piso, y Ledoux su cocina…

Cuando todos estaban reunidos en el despacho de Fernandel De

Loire, apareció este, por fin.

Llevaba puesta una de las máscaras antigás.

* * *

Aterido por el frío, Boris Michenko despertó de pronto, y al mover una mano notó el áspero pelaje. Comprendió en el acto, lanzó una maldición, y se puso en pie todo lo rápidamente que pudo, encendiendo la linterna.

¡Las malditas ratas…!

La emprendió a puntapiés con ellas, pero estaba tan entumecido que estuvo a punto de caer varias veces. Las ratas chillaron su protesta, pero consiguió alejarlas unos cuantos metros. Solo entonces se dio cuenta de que tenía desgarrados los pantalones. Miró súbitamente alarmados a «Nameless», y la vio con los ojos muy abiertos, y las manos tendidas ante ella.

Michenko lanzó una exclamación de alegría.

—¡Las ha movido! —gritó—. ¿Ha movido usted las manos?

«Nameless» asintió. Estaba asustada, pero no histérica. No podía todavía hablar, pero era evidente que mientras Michenko dormía ella se había estado defendiendo débilmente de los primeros ataques de las ratas. También tenía desgarrado el camisón, y en una pierna tenía dos dentelladas, y en la otra unos arañazos. Alarmado por las dentelladas, Michenko se inclinó a examinarlas, pero su gesto era absurdo, inútil: a simple vista no podía saber qué consecuencias acarrearían a «Nameless» aquellos mordiscos. Lo que sí sabía con toda seguridad era que tenían que salir de allí cuanto antes y fuese como fuese.

—¿Podrá caminar? —susurró.

Ella le miró, sin hacer gesto alguno. Michenko comprendió: ella no lo sabía, pero quería probarlo. La ayudó a ponerse en pie, y «Nameless» se sostuvo. Michenko había notado la frialdad de la carne de la hermosa rubia bajo la tela del camisón. Debía estar incluso más aterida que él, el frío debía haber llegado hasta la médula de sus huesos. Para soportar aquello hacía falta tener realmente una salud de hierro.

¿Cuánto tiempo debían haber dormido? ¿Una hora, dos, seis…? Por supuesto, había perdido la noción del tiempo, ya no sabía nada

de nada. Pero tenían que salir de allí, eso estaba claro.

—Vamos a intentarlo —susurró—. Si no puede, no se preocupe, volveré a cargar con usted: me siento descansado.

Era mentira. Pero tampoco tuvo que cargar con «Nameless», como había hecho hasta entonces. Despacio, ella se fue desplazando, siempre sujeta por él. La luz de la linterna abría ante ellos un camino dorado…, que finalmente les condujo a un punto en el que Boris Michenko lanzó una exclamación de alivio y de alarma a la vez: ¡estaban en el punto de partida!

Vio las dos paredes reforzadas con ladrillos. Más allá. Estaban la Sección MaB y el Depósito de Donantes… Y los hombres del doctor De Loire, armados. ¡Tantas horas perdidas allá dentro para volver al mismo sitio de donde habían partido en su fuga!

Michenko sabía que si volvían a los pasadizos acabarían por morir, y no tardando mucho. Tenía un hambre atroz, se dio cuenta de pronto. Y sed. Y estaba al borde del agotamiento total, no solo por el esfuerzo físico realizado durante horas y horas, sino por el intenso frío que laceraba sus huesos.

Ya no más pasadizos. No quería ser devorado por las ratas…, al menos estando consciente. Tanto para sí mismo como para «Nameless» era mejor ser muertos a tiros antes de ser arrojados a las ratas.

Ayudó a la muchacha a sentarse, y le puso en la diestra una de las linternas.

—No se mueva de aquí —susurró—: voy a echar un vistazo.

Ella no reaccionó. Boris Michenko consiguió una sonrisita, alzó la barbilla de «Nameless», y la besó en la fría y rígida boca, que no reaccionó.

—Aunque soy un viejo siniestro —dijo Michenko—, la amo de todo corazón, ya lo sabe.

Se irguió, lanzó la luz de su linterna hacia delante, y comenzó a recorrer el pasadizo enladrillado.

Quince minutos más tarde, su desconfianza había cedido paso al desconcierto: no había nadie allí abajo. Es decir, estaban los donantes, en el Depósito, pero nadie más. Ni Bowman, ni Reuter, ni las enfermeras, ni los MaB… Solo los donantes, en su Depósito, y todos sumidos en un escalofriante silencio.

Michenko se acercó al armarito de cristal cerrado con llave

dentro del cual estaban las dosis de AI que los donantes estaban ya necesitando, pero que nadie les administraba. Probó de abrir el armarito, pero solo lo consiguió cinco minutos más tarde, tras forzar la cerradura con un bisturí. Había quizá cien dosis de AI, pero no podía entretenerse en atender a los donantes, era peligroso permanecer allí. Así que se apoderó de media docena de dosis y emprendió el regreso adonde había dejado a «Nameless».

Ella seguía allí, pero con la linterna apagada, que solo encendió cuando, para orientarse mejor, Michenko llamó:

—¡Soy yo! ¡No se alarme!

Llegó junto a ella, le alzó una manga del camisón, y le inyectó una dosis de AI.

—Tengo más —explicó—, por si tenemos que seguir huyendo por aquí abajo, pero quizá sería mejor intentar la salida por arriba. No se ve a nadie peligroso. Pienso que quizá debería echar un vistazo fuera de los sótanos… Es posible que se hayan marchado todos, que hayan escapado, y que estemos solos en la mansión.

Ella asintió, y eso fue todo. Se estaba durmiendo. Boris Michenko le tocó el rostro, y lo encontró algo más tibio. Todo iba bien. Tras meditar todavía unos segundos, tomó la decisión: puesto que ella se había dormido, se las arregló para cargársela de nuevo en un hombro, y volvió hacia el Depósito de Donantes. Su plan era simple, pero le pareció muy seguro: colocaría a «Nameless» en uno de los lechos, la dejaría camuflada allí, durmiendo entre los donantes, como uno más, y subiría a la mansión.

Presentía que algo anormal estaba ocurriendo en esta.

* * *

Todos se quedaron mirando estupefactos a Fernandel De Loire cuando este apareció en su despacho provisto de la careta antigás. Una de las caretas que Lester y los demás utilizaban cuando acudían a las llamadas de Maureen Walsh diciéndoles que tenía preparado un lote de donantes. Ellos se ponían la careta, disparaban un par de cápsulas de gas (por supuesto fabricadas por De Loire), y los donantes en ciernes se dormían. Cuando despertaban no recordaban nada de nada.

El estupor aumentó cuando De Loire mostró una de las pistolas

que disparaban las cápsulas de gas.

—¿Pero qué…? —empezó Vrain.

Fernandel De Loire disparó; tres cápsulas de gas impactaron en el pecho de otros tantos hombres, y, en un instante todos los reunidos en el despacho se desplomaron. Fernandel De Loire salió del despacho, recogió el maletín que había dejado junto a la puerta de este, y se dirigió hacia el fondo de la planta baja. Llegó ante las dos puertas, abrió una de ellas, entró, y cerró tras él.

Solo entonces se quitó la máscara y la tiró a un lado. Habría sido correr un riesgo innecesario hacerlo antes. Un riesgo enorme, porque en aquella ocasión no había disparado gas narcótico, sino gas letal.

Así pues, todos estaban muertos en su despacho; tan muertos como los MaB, a los que había visitado antes y había dejado convertidos en montoncitos de polvo.

Por un momento, pensó también en eliminar a los donantes, pero a estos no valía la pena. No experimentarían el proceso definitivo del MaB, y que los encontrasen o no le tenía sin cuidado.

Lo que ya no le tenía tan sin cuidado era que los rusos le encontrasen a él. De eso, ni hablar. Podía aceptar financiaciones, pero siempre conservando él la dirección y la propiedad de su descubrimiento. ¡Ni hablar de meterse en Rusia, que se convertiría para él en una ratonera! ¿Qué provecho obtendría si los rusos le financiaban? Ninguno que valiera la pena. En cambio, haciendo las cosas por su cuenta… ¡podía conseguir tantas cosas! A cambio de una magnífica salud y de un cerebro con una evolución de mil quinientos años, cualquier gobernante del mundo, ¡todos los gobernantes del mundo!, le concederían *todo* cuanto él quisiera. Pero siempre conservando él el control del MaB…

Por eso, había destruido todas las dosis y todas las fórmulas. Si lo cazaban los rusos, diría que todo había fracasado, y que, asustado pues le habían dicho que estaba en peligro, todo lo que pretendía era fugarse con algo de dinero y documentos… ¡Nunca les diría que la fórmula del MaB estaba grabada en su memoria! Y la inicial del MaB también, esto es, la del AI, que pensaba destruir también, por lo cual se dirigió hacia el Depósito de Donantes, antes de emprender la fuga definitiva.

Porque estaba seguro de que él podría escapar por los pasadizos,

ya que era el único que conocía dos de las salidas, que había señalizado adecuadamente unos meses antes, sin decírselo a nadie. Destruiría las cargas de AI y se iría. Y si los rusos estaban vigilando la mansión se llevarían un buen chasco. ¡Jamás lo encontrarían!

Ni siquiera se acordaba de Boris Michenko cuando entró en el Depósito de Donantes.

Se dirigió hacia la vitrina donde estaban las dosis de AI y se quedó delante mirando con desconcierto los desperfectos. ¿Quién podía haber forzado…?

—He sido yo —oyó tras él.

Dio la vuelta…, y soltó un fortísimo respingo que lo atragantó, le hizo palidecer, y hasta dejar caer al suelo el maletín. Se quedó mirando con expresión desorbitada el siniestro rostro de Boris Michenko, que emergía de detrás de uno de los lechos.

—¿Ha bajado usted solo? —preguntó Michenko.

Fernandel De Loire se pasó la lengua por los labios. E sobresalto cedió rápidamente.

—Usted es Michenko —susurró.

—Desde luego que no —dijo Michenko—. Boris Michenko fue detectado por nuestros amigos de la CIA durante su viaje al continente americano, y cuando supimos que venía hacia Canadá simplemente lo esperamos: fue detenido apenas tomó tierra, y obligado a decir adonde pensaba llegar exactamente y a ver a quién. Cuando supimos lo necesario nos interesamos por usted, pero se hallaba ausente de esta mansión, y ni siquiera la CIA tenía su pista; es decir, no sabía nada de usted. Ni nosotros…

—¿Quiénes son *nosotros*? ¿Quién es usted?

—Pierre Richelieu, del servicio secreto canadiense.

Hubo una crispación en el rostro de Fernandel De Loire.

—Entonces… ¿no es Michenko?

—Parece como si usted se tomara a broma lo que le estoy diciendo, doctor De Loire. Ya le digo que en cuanto el verdadero Michenko confesó a qué venía nos alarmó, y yo decidí intervenir ocupando su lugar cuando supe que usted no se hallaba en la mansión, a ver si en ausencia de usted me enteraba de algunas cosas más concretas de las que mencionaba Michenko, que nos pareció un poco chiflado. Sin embargo, todo fue cierto, y en primer lugar cazamos a Polignac, su hombre de Ottawa, cuando acudió a

recibirme a mí caracterizado como Michenko Posteriormente obligamos a Polignac a seguir nuestro juego: cuando me trajo al lugar donde me esperaban dos de sus hombres había dentro del coche dos compañeros míos, escondidos ni el asiento de atrás…, y Polignac sabía que si yo no era introducido entre ustedes él sería el primero en morir. Vamos, no sea simple: la CIA supo que Michenko habla escapado de Rusia, lo rastreó, y nos avisó cuando supo que venía hacia aquí. Es una política de buena vecindad y relación entre la CIA y nosotros. Y ahora, doctor De Loire, le diré lo que vamos a hacer: subiremos a la casa, ordenará usted que me devuelvan mi radio, y llamaré a mis compañeros para que no esperen más y ocupen esta mansión y los sótanos… ¿Está usted armado?

—No.

—Pues yo sí —mostró Boris Michenko un bisturí—, y le advierto que si cualquiera de sus empleados intenta algo le clavaré el bisturí en la nuca. Ahora, recoja ese maletín, acérquese a mí, y subiremos juntos… Me pregunto —frunció de pronto el ceño Michenko— qué ha venido a hacer usted solo aquí abajo, con ese maletín… ¿Ha ocurrido algo arriba?

—No… Nada. ¡Nada!

Boris Michenko entornó su único ojo. Y al hacerlo emitió un gruñido de irritación, dejó el bisturí sobre el lecho junto al cual estaba, y utilizando ambas manos procedió a quitarse el ojo de cristal; que no era compacto, sino solo una cubierta, bajo la cual apareció el auténtico ojo del falso Boris Michenko grande y azul, como el que hasta entonces había estado visible, y que apareció en su verdadera forma y tamaño cuando Michenko retiró la lentilla de contacto negra y el maquillaje sólido que, rodeando el ojo, lo empequeñecía…

Ante la exclamación de De Loire, los grandes ojos azules se clavaron en él, irónicamente.

—¿Está usted asombrado, doctor? —preguntó Michenko.

—¡Desde luego! ¡Nunca había visto nada igual…!

—Pero si esto no es nada, amigo mío… Soy famoso en el servicio secreto canadiense precisamente por mis disfraces. Pregunte usted por El Cardenal, y ya verá como saben que se refiere a mí, Pierre Richelieu, el guapo y simpático espía que lo mismo se disfraza de bailarina que de un personaje tan siniestro como Boris

Michenko. Observe bien, porque la función todavía no ha terminado…

Para pasmo de Fernandel De Loire, El Cardenal se quitó la peluca y la barba, arrastrando con esta última la cicatriz, que dejó una roja señal en su rostro. Por último, maniobrando bajo las ropas, Pierre Richelieu soltó las correas que rodeaban su cuerpo, y que le habían impedido erguirse en su auténtica estatura…, que se evidenció entonces. No era demasiado alto, pero sí atlético, erguido, fuerte, rubio y atractivo.

Fernandel De Loire se resignó. Caminó con aspecto derrotado hacia donde estaba El Cardenal, con aspecto tan derrotado que su acción pilló de sorpresa al espía canadiense, ya muy agotado por su permanencia en los sótanos… De Loire le golpeó con el maletín en el rostro, y mientras Michenko se protegía este con las manos, le aplicó un punterazo entre las ingles. El espía canadiense lanzó un aullido, se encogió… y recibió en plena mandíbula otro golpe de maletín, que lo hizo girar y caer de bruces sobre el lecho en el cual había dejado poco antes el bisturí.

Sacudió la cabeza, se deslizó por el borde del lecho, y se encontró junto a este de rodillas en el suelo. Oía las rápidas pisadas de De Loire alejándose. Volvió la cabeza, y lo vio corriendo hacia la salida. En su mano derecha Michenko notaba el frío del bisturí. Lo agarró, se puso en pie rápidamente, y lo lanzó con sus ya escasas fuerzas.

Este es el final

—¿Y qué ocurrió? —preguntó «Nameless», tendida en la cama de la clínica canadiense a la que había sido conducida hacía tres días.

El joven, rubio y apuesto visitante que estaba sentado junto a ella movió la cabeza.

—Bueno, pues ocurrió que Michenko le clavó el bisturí a De Loire, pero este pudo salir corriendo del Depósito de Donantes y solo hasta ayer no fue encontrado. Pero estaba medio comido por las ratas en uno de los pasadizos. Seguramente, debido a la herida fue perdiendo fuerzas, y además, las ratas enloquecieron al oler la sangre, y le atacaron estando todavía vivo, ya que la herida… pues no era tan seria, ni mucho menos, como para morir.

—¿Dónde hirió Michenko a De Loire?

—Le clavó el bisturí en una nalga. Sangró como un cerdo.

Se quedaron mirándose, y de pronto rieron los dos. Pero bruscamente «Nameless» dejó de reír.

—¿Y usted quién es? —preguntó.

—Oh, bueno, nadie importante… Por cierto, ya sabemos quién es usted, localizamos su pasaporte en el hotel, señorita Stanton. Gloria Stanton, ¿no es así? Tengo entendido que ha sido usted muy valiente, señorita Stanton.

—No tanto —murmuró la bella «Nameless»—. Simplemente, en cuanto vi al profesor Michenko me sentí segura.

—¿Qué me dice usted? —Se pasmó su visitante—. ¡Pero si era un tipo siniestro!

—¿Siniestro? —Se pasmó todavía más Gloria Stanton—. ¡Pues a mí me pareció un hombre encantador!

—¿De veras? En ese caso, tal vez le gustaría volver a verlo. Aunque si me han enviado a mí ha sido precisamente para no asustarla a usted. ¡Como soy tan guapo…!

—Sí que lo es —rio Gloria—, pero ni siquiera sé todavía su

nombre.

—Pierre Richelieu. Mis compañeros de trabajo me llaman El Cardenal, porque soy el mejor, según ellos.

—Será después de Michenko, ¿no? Bueno, del compañero de usted que llegó a la mansión, se llame como se llame… ¡Me gustaría tanto volver a verlo!

—Nunca entenderé a las mujeres —masculló Richelieu—, en fin, me largo ahora mismo, y veré de conseguir que la visite su admirado Michenko…

—Ya sé que no se llama así… ¡No, no me lo vaya a decir ahora! Prefiero verlo, y que me lo diga él mismo. ¿Lo enviará? ¿Lo hará por mí, señor Richelieu?

—Caramba, qué insistencia…

—Es que… me enamoré de él.

—¿De Michenko? —Respingó El Cardenal.

—Sí… Es un sinvergüenza, que me estuvo besando y manoseando, pero me enamoré de él. Quizá porque presentí que era un hombre excepcional en valor y bondad… ¡Un hombre solo metido en aquel nido de ratas, siempre cargado conmigo, jugándose la vida por mí…! ¿Por qué cree que lo haría, señor Richelieu?

—Ah, eso lo sé seguro. El pobre Michenko se enamoró de usted locamente en cuanto la vio. Y se dijo que nadie le haría el menor daño, así que no le importó desollarse las rodillas, ni patear ratas, ni pasar hambre, frío, sueño y espanto, ni…

—¿Se lo ha dicho él?

—Esto… Sí, sí. Bien, voy a buscarlo ahora mismo…

Gloria Stanton asió del brazo a Richelieu cuando este se disponía a ponerse en pie.

—No seas tonto —susurró—… Solo quería estar segura de que lo hiciste por eso, Michenko. Oh, vamos, no pongas ahora cara de tonto ingenuo. En cuanto vi la cara horrible de Boris Michenko, supe que era un disfraz…, quizá porque mi sensibilidad estaba excitada, o más desarrollada. Por lo que sea, lo supe. Y me dije: bajo esa máscara siniestra debe haber un rostro hermoso, o, cuando menos, inteligente y noble. Y fue por eso que me enamoré de Boris Michenko, aun sin saber cómo era… físicamente.

—Pues ya lo sabes ahora —gruñó El Cardenal—. ¿Qué te parezco?

—Un poco más guapo que Boris Michenko —rio Gloria—: Pero bastante más tonto, porque Michenko ya me estarla besando y metiendo su mano por…

La boca de Boris Michenko se apoderó de la de «Nameless».

El siniestro personaje volvía a la carga.

FIN

Notas

[1] Nameless, en inglés, significa Sin Nombre. < <